8100

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA

EL PADRE PRÓDIGO.

Rosell

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

MADRID.—1861.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

19

EL PADRE PRÓDIGO.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elpadreprodigoco497rose

EL PADRE PRÓDIGO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS EN PROSA,

DE

ALEJANDRO DUMAS, HIJO,

TRADUCIDA LIBREMENTE

POR

D. CAYETANO ROSELL

Y

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MADRID: 1861.
IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
Calle de San Vicente alta, núm. 52.

PERSONAS.

EL CONDE DE LA RIVONNIÉRE (*Rivoniér.*)
EL VIZCONDE LUIS DE LA RIVONNIÉRE.
GARÁN.
LIGNERAYE (*Liñeré*).
VALMONT. (*Valmón.*)
EDUARDO.
JOSÉ. (criado.)
UN DEPENDIENTE DEL BANCO DE FRANCIA.
UN COCHERO.
DOS CRIADOS.
CARLOTA.
LA MARQUESA DE SAVARY (*Savarí*).
ELENA.
ENRIQUETA.

La escena es en París, en Dieppe, y en Fontainebleau.

La propiedad de esta comedia pertenece á los señores Salas, Helguero y Gaztambide, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España ni en sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion de esta comedia en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa del Conde y del Vizconde en Paris.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE LUIS; y luégo, JOSÉ.

LUIS.

José! José!—Todavía estará durmiendo la turca de anoche. José! (Sale José.)

JOSÉ.

Señor!

LUIS.

Dónde parabas, que ni me oias á mí, ni has oido la campanilla?

JOSÉ.

Andaba algo léjos, señor Vizconde: V. S. me perdonará...

LUIS.

Nada, nada: te quiero yo más léjos aún. Anoche viniste á casa borracho; ya son las once, y no se me ha servido el almuerzo: buscarás otro amo desde hoy.

JOSÉ.

El señor Vizconde me echa?

LUIS.

Te echo, sí.

674741

JOSÉ.

Bueno! Pues entónces... me quedo en casa.

LUIS.

Cómo?

JOSÉ.

Como criado del señor Conde, padre de V. S. El señor Conde y el señor Vizconde viven juntos; yo pedí al señor Conde que me recibiera, para cuando V. S. no me necesitase: desde este momento sirvo al señor Conde Fernando de la Rivoniér.

LUIS.

Ganas me dan de romperte el bautismo. ¿De qué has de servir á mi padre, no estando él en Paris?

JOSÉ.

No por eso dejará de abonarme el salario cuando vuelva de Dieppe.

LUIS.

Yo lo creo: ¿qué le importa á mi padre un gasto supérfluo más?

JOSÉ.

La verdad es que V. S. y el Sr. Conde son unos señores tan generosos y tan buenos, que...

LUIS.

Que vosotros sois los amos aquí.

JOSÉ.

Señor, confieso que me he descuidado esta vez...

LUIS.

Y otras ciento.

JOSÉ.

Y otras, vaya; pero yo le tengo mucha ley á V. S., y otro que venga en mi lugar no valdrá más que yo. Perdóneme V. S..... y... y me dará dinero para la cocinera.

LUIS.

Ya gastó lo que se le habia entregado?

JOSÉ.

Aquí está su cuenta, sin error ni omision. La cocinera suma bien.

LUIS.

Mejor sustrae. Toma, cambiad. (Vase José.)

ESCENA II.

LUIS.

Necesito casarme ó casar á mi padre. Clara se ha casado tambien: Clara es ya madama Valmon. Y áun me escribe disculpas, y áun, porque le dije un año há que lo negro le sentaba muy bien, va siempre de luto. Si supiera Clara que no le hice caso sino porque su fisonomía me recordaba la de otra, la de Elena de Savarí!...

ESCENA III.

JOSÉ.—LUIS.

JOSÉ.

Señor, dos señoritas quieren hablar con V. S.

LUIS.

Cómo se llaman?

JOSÉ.

Señorita Carlota y señorita Enriqueta. Como tiene V. S. encargada una ama de gobierno, y la casa es buena, vienen á pares.

LUIS.

A la señorita Enriqueta, que pase adelante; á la otra, que espere si gusta.

JOSÉ.

Señor Vizconde, ayer estuvo aquí la señora aquella que va toda de negro. Dijo que volveria hoy: ¿qué le responderé si viene?

LUIS.

Para la señora de lo negro nunca estoy en casa, José.

JOSÉ.

Y para el Sr. de Garán?

LUIS.

Cuando venga á pagarme.

JOSÉ.

No le ve V. S. más. (Vase.)

LUIS.

Me saquean, y no estoy servido: á ver si esa mujer, de que me han hecho mil elogios, pone un poco de órden aquí. (Viendo venir á Enriqueta.) Calla! pues es jóven y linda.

ESCENA IV.

ENRIQUETA.—LUIS.

ENRIQUETA.

El Sr. Vizconde de la Rivoniér...

LUIS.

Señorita Enriqueta, yo soy. Recibiria V. ayer tarde un recado...

ENRIQUETA.

Sí, señor: ayer tarde lo recibí: y algo tarde en verdad.

LUIS.

Pues ¿qué! ¿no podrá V. venir á encargarse de esta casa, que es de mi padre y mia?

ENRIQUETA.

Cuando me dieron el aviso de V. acababan de recibirme de Aya para una señorita, hermana de un caballero recien casado. Le aseguro á V. que lo sentí mucho, porque yo tengo obligacion de servir á ustedes primero que á nadie.

LUIS.

Ah! pues es necesario que V. cumpla su obligacion, aunque ignoro por qué nos la tiene.

ENRIQUETA.

¿No ha visto V. á su Sr. padre un pañuelo bordado, con las iniciales de mi nombre y de mi apellido?

LUIS.

E y L?

ENRIQUETA.

Enriqueta Laval. Pues era labor de mi pobre mano.

LUIS.

Labor admirable! Una obra maestra de ejecucion y de buen gusto. Pero ese pañuelo no le he visto yo en poder de mi padre, sino en poder del ama de gobierno que despedí.

ENRIQUETA.

Para el amo le habia trabajado yo, no para el ama. ¿Si habrán torcido su direccion tambien unos cajoncillos de bollos y otras golosinas que hacia y enviaba yo todos los dias de S. Fernando?

LUIS.

El cumpleaños de mi padre! Pues, en efecto, Enriqueta, los bollos han debido irse con el pañuelo: ni áun los hemos olido.

ENRIQUETA.

La buena del ama ¡era de fiar!

LUIS.

Y mi padre ¡regalándola siempre!

ENRIQUETA.

El Sr. Conde es generosísimo.

LUIS.

Hasta pasar de pródigo.

ENRIQUETA.

Hay prodigalidades muy meritorias, Sr. Vizconde.

LUIS.

Si me dijera V. alguna de mi padre, correspondiente á ese género, gran satisfaccion me daria. Porque yo, diga de él lo que diga, le quiero con toda el alma, Enriqueta.

ENRIQUETA.

Quién no ha de quererle? Es amabilísimo...

LUIS.

La finura y la elegancia en persona.

ENRIQUETA.

Y algo más que eso, como va V. á ver. Mi madre quedó viuda sin recurso ninguno; enfermó, y nos vimos reducidos á la mendicidad.

En el camino de Monmoransí nos colocamos un dia, para implorar la misericordia de los transeuntes: mi madre se ahogaba de vergüenza, y yo me moria de necesidad. Llega un jinete en un arrogante caballo...—Diez y seis años há, y tenía yo doce; y me acuerdo como si fuese ayer.—El jinete era el Conde. Mi madre le tiende la mano, y se cae al suelo sin poder hablar. Su padre de V. se apea, y la levanta. «Anímese V., señora, (le dice): ¿qué le pasa á V.?—Que no tengo un bocado de pan que dar á esta criatura.—Ya tendrá V.»—Abre una cartera, y le entrega á mi madre un billete.

LUIS.

Y no me ha dicho palabra jamás!..

ENRIQUETA.

Figúrese V. ¡cómo le daria mi madre las gracias! Echamos á andar: ella se habia caido ántes, y me caí yo despues; quiso llevarme en brazos... qué! no podia conmigo: la infeliz estaba desfallecida. Lo ve el Sr. Conde, puesto ya otra vez á caballo, y le dice á mi madre: «Déme V. la niña, y sígame V.» Me cogió en brazos; me sostuvo delante del arzon, qué sé yo cómo, hasta que tropezamos con un carruaje vacío; nos llevó á un parador, nos hizo comer, beber, hablar y hasta reir; y á lo último le pidió á mi madre el billete.

LUIS.

¿Para qué!

ENRIQUETA.

Para volverlo á la cartera, y dársela con más de cinco mil francos que tenía dentro.

LUIS.

Ya extrañaba yo...

ENRIQUETA.

Sacó el reloj, pretextó que se le hacia tarde, me pidió un beso, le dí cincuenta, y se marchó sin querernos decir su nombre. Nosotras sin embargo lo pudimos averiguar. Con aquellos cinco mil francos pudo mi madre buscar un modo de vivir desahogado; me dió una educacion regular, y nada le ha faltado en sus últimos dias. ¿Vituperará aquella prodigalidad el Sr. Vizconde?

LUIS.

Hacer bien al prójimo es poner dinero á ganancias. V. abona capital y réditos á mi padre, viniendo á su casa.

ENRIQUETA.

Vendré con mucho gusto, si se puede arreglar. Infinitas veces he pretendido dar las gracias al Sr. Conde en persona, y jamás he hablado con él sino por escrito.

LUIS.

Cómo se llama ese caballero que ha recibido á V. por Aya?

ENRIQUETA.

Mr. de Valmon.

LUIS.

Valmon! Y ¿sabe V. cómo se llama su señora?

ENRIQUETA.

Clara, me parece que la nombró.

LUIS.

Clara! Ella es.

ENRIQUETA.

Y por cierto que me chocó lo que de ella me dijo.

LUIS.

Qué fué?

ENRIQUETA.

Que, realmente, para mi alumna se me necesitaria muy poco, porque vivia casi siempre con sus abuelos; pero que la señora Clara necesitaba una persona como yo, que la acompañase.

LUIS.

No le falta razon á ese caballero.

ENRIQUETA.

«Mi mujer tiene dos manías, me dijo: vestir de luto y salir sola. Lo primero le está muy bien; lo segundo, ni á ella ni á mí.»

LUIS.

Enriqueta, veo que, por ahora, no puede V. venir á esta casa falta nos hace V.; pero acaso más á madama Valmon.

ENRIQUETA.

Usted la conoce?

LUIS.

Bastante; y como V. me nombre delante de ella, no dejará ella de hablar de mí: y entónces nos podria V. hacer á los dos un favor.

ENRIQUETA.

Mande V.

LUIS.

Dígale V. que yo... que pienso casarme.

ENRIQUETA.

Que sea muy enhorabuena.

LUIS.

No hay por qué todavía: pero la verdad es que sería toda mi dicha si mereciese el afecto de una señorita, que ahora se halla en Dieppe, donde tambien reside mi padre.

ENRIQUETA.

Bien. No se me olvidará: y creo comprender el por qué del encargo.

LUIS.

Yo quedo en agenciar pronto que V. sea de casa, Enriqueta.

ENRIQUETA.

A lo ménos, avíseme V. cuando vuelva el Sr. Conde. Tengo afan de decirle que soy la que llevó á caballo en el camino de Monmoransí.

LUIS.

La que le dió medio ciento de besos!

ENRIQUETA.

A los doce años tenía yo una hambre muy agradecida, y á los veintiocho todavía tengo sed ardiente de reconocimiento.

LUIS.

Mi buena Enriqueta!

ENRIQUETA.

Adios, Sr. Vizconde.

LUIS.

Quiero acompañar á V. á su casa.

ESCENA V.

GARÁN.—DICHOS.

GARÁN.

A los piés de V., señorita... Mi querido Luis!

LUIS.

Hola, Garán!

GARÁN.

José me ha dicho que no estabas en casa; pero yo he querido esperarte aquí. Se me figuró que no tardarias mucho, porque ahí, en esa pieza inmediata, he visto que te esperaba una señorita ó señora...

LUIS.

Una ama de gobierno, si nos acomodamos. Qué querias?

GARÁN.

Verte, convidarte á almorzar... bien que tú ya habrás almorzado...

LUIS.

No; pero tengo que acompañar á esta señorita: quédate aquí, y almuérzate mi desayuno. Adios.

GARÁN. (Aparte á Luis.)

Oyes? Te hacen falta aquellos francos que me prestaste?

LUIS.

No.

GARÁN.

Me alegro, porque precisamente necesitaba, sobre aquello, para una urgencia...

LUIS.

Cuánto?

GARÁN.

Quince luises.

LUIS.

Tómalos.

GARÁN.

Gracias: te lo devolveré todo junto.

ESCENA VI.

DICHOS.—UN COCHERO.—Despues, UN COBRADOR DEL BANCO.

COCHERO.

Señor...

LUIS.

Qué hay?

COCHERO.

Que José y la cocinera han salido, y un cobrador del Banco pregunta por V. S.

LUIS.

Para qué?

COCHERO.

Para cobrar un pagaré.

LUIS.

De quién?

COCHERO.

De V. S.

LUIS.

Yo no he dado pagaré ninguno; ese hombre viene equivocado: que éntre.

COCHERO. (Al Cobrador.)

Pase V. adelante. (Sale el Cobrador, y se retira el Cochero.)

LUIS.

Viene V. en efecto á cobrar un título?

COBRADOR.

Sí, señor: un pagaré de seis mil francos, abonable por el señor Vizconde de la Rivoniér.

LUIS.

A ver.

COBRADOR.

Entérese V.

LUIS.

(Aparte. Algun apuro de mi padre.) Hombre, yo no contaba con este pago.

COBRADOR.

Si V. no puede satisfacerlo...

LUIS.

Puedo, sí; pero no en este momento mismo. Déjeme V. la papeleta del Banco.

COBRADOR.

Aquí está.—Mesa núm. 5 : ántes de dos horas.

LUIS.

Bien, bien : vaya V. con Dios. (Vase el Cobrador.) Enriqueta, perdone V.—Garán, mira, yo vuelvo pronto; entreten un rato á la señorita Carlota.

GARÁN.

Á quién?

LUIS.

Al ama futura. (A Enriqueta.) Vamos?

ENRIQUETA.

Usted se ha empeñado en favorecerme.

LUIS.

Ya ve V. que tengo que salir para abonar este pagaré. (Vanse Luis y Enriqueta.)

ESCENA VII.

GARÁN.

No estará de más el ponerme bien con el ama nueva; con la otra no dejé de hacer mi negocio. Miéntras vienen el criado y la cocinera y me sirven el almuerzo, tendremos un rato de conversacion. Pero ¡qué veo! El Conde! El Conde en Paris!

ESCENA VIII.

EL CONDE, CARLOTA, JOSÉ.—GARÁN.

CONDE.

Pase V. adelante, Carlota. No es Carlota su nombre de V?

CARLOTA.

Para servir al Sr. Conde.

CONDE.

Lo mismo es tratar con el padre que con el hijo.

JOSÉ.

El Sr. Vizconde acaba de salir por la puerta de acá, y el señor Conde entra por la del lado opuesto.

GARÁN.

Y ambos acompañando niñas.

CONDE.

Oh, insigne Garán!—El hijo debe parecerse al padre.

GARÁN.

Viene V. muy bueno, Sr. Conde!

CONDE.

Tengo siempre excelente salud.

JOSÉ.

Dónde quiere el Sr. Garán que le sirva el almuerzo?

GARÁN.

En el comedor: estos señores tienen que hablar aquí.

CONDE.

Que me dispongan á mí algo tambien.

JOSÉ.

Qué vino quiere V. S?

CONDE.

Ya sabes que nunca lo pruebo.

GARÁN.

¿Agua bebe V., Sr. Conde!

CONDE.

El agua tiene el mismo gusto que el vino, sabiendo tomársele. (Vase Garán.)

ESCENA IX.

EL CONDE.—CARLOTA.

CONDE.

Con que, señorita Carlota, arreglémonos. V. trae muy buenos informes, y nos acomoda: ¿cuánto quiere V. ganar en mi casa?

CARLOTA.

Lo que V. guste, Sr. Conde: permaneceré probablemente poco tiempo en ella.

CONDE.

Tiene V. puesta la mira en otra mejor?

CARLOTA.

No pudiera encontrarla?

CONDE.

Yo no pago mal, y regalo bien.

CARLOTA.

Y la nota que saca la mujer que sirve en casa de V. ¿se paga con algo? El Sr. Conde tiene fama de galantear...

CONDE.

Á criadas nunca: ya lo verá V.

CARLOTA.

Un agente de policia, que yo conocí me refirió una historia de cierta camarera de Madama Darcur...

CONDE.

Aquella muchacha le tenía tan cogido á su ama el aire, y áun los vestidos, que mirada al soslayo, parecia ella propia. Además, era de una familia distinguidísima.

CARLOTA.

Suponga V. que lo sea yo.

CONDE.

Entónces... yo honro la nobleza donde quiera que esté.

CARLOTA.

Yo pretendo honrar tambien á mi modo la mia.

CONDE.

De qué suerte?

CARLOTA.

Sirviendo á V. con celo y de balde.

CONDE.

Eso no lo consiento yo. V. es jóven, V. es linda: debe V. hacer ahorros para cuando los necesite.

CARLOTA.

En París hay hospitales para el enfermo, y casas de beneficencia para los pobres.

CONDE.

V. se casará el dia ménos pensado, y le convendrá hallarse con algun dinero.

CARLOTA.

Si yo me caso, mi marido tendrá más dinero que el que yo hubiera podido economizar.

CONDE.

Y si V. se enamorase de un pobre?

CARLOTA.

Difícil es.

CONDE.

Imposible, no.

CARLOTA.

Tengo más de veinticinco años, y áun no he querido á nadie.

CONDE.

Pues no han debido faltar á V. pretendientes.

CARLOTA.

Me han sobrado todos.

CONDE.

De qué especie eran?

CARLOTA.

De varias: ricos, pobres, medianos... Yo aborrezco la medianía, y de ahí abajo; los ricos pretendian de mí lo que me importaba no conceder: en lugar de cumplir su gusto, he mirado por mi decoro, porque en todas las jerarquías cabe el tenerle.

CONDE.

Aunque habla V. como un filósofo, no olvide V. que con el tiempo, con ciertas circunstancias, todo varía.

CARLOTA.

Yo no.

CONDE.

Fia V. en sí demasiado.

CARLOTA.

Más fiaban algunos á quienes he convencido de mi firmeza.

CONDE.

(Aparte. ¿Habráse visto!..) Si la hubiera obsequiado á V. un mayordomo mio, que yo aleccioné...

CARLOTA.

Chasco se hubiera llevado el discípulo... y áun el maestro.

CONDE.

El maestro tambien?

CARLOTA.

Como otro cualquiera.

CONDE.

Tiene V. por un cualquiera á un Conde?

CARLOTA.

Nada de eso: tampoco soy una cualquiera yo... tengo yo otro temple que la camarera de Madama Darcur.

CONDE.

(Aparte. Esta es ya cuestion de amor propio.) ¿Cuándo trae V. á casa el cofre?

CARLOTA.

Sr. Conde, nunca. No quiero servir á V. ya.

CONDE.

Me tiene V. miedo?

CARLOTA.

Jesus! ninguno.

CONDE.

No? Pues no abandone V. el campo.

CARLOTA.

Esta no es huida, es retirada.

CONDE.

Para capitular?

CARLOTA.

No entiendo de más capitulaciones que las matrimoniales. Adíos, señor Conde. (Vase.)

CONDE. (Llamando.)

José!

ESCENA X.

JOSÉ.—EL CONDE.

JOSÉ.

Señor...

CONDE.

Ve corriendo tras esa jóven, y no pares hasta saber dónde vive. Anda, no se te pierda.

JOSÉ.

Voy, señor. (Vase.)

CONDE.

Que no me habia de querer á mí esa ilustre fregona! Vaya! Ni una princesa diría más. Y princesa y todo, la que me hiciese tal provocacion, se arrepentiría.

ESCENA XI.

LUIS.—EL CONDE.

LUIS.

Cómo! Tú aquí! Cuándo has venido?

CONDE.

Hace un instante. Aquí me he entretenido hablando con una señorita Carlota...

LUIS.

Entretenimientos de esa especie nunca te han de faltar.

CONDE.

Adios! Estás enfadado?

LUIS.

No he de estarlo?

CONDE.

Con quién?

LUIS.

Contigo.

CONDE.

Pues yo ¿qué he hecho?

LUIS.

Una friolera: firmar una letra...

CONDE.

¿Yo!

LUIS.

Á ver. No es esa firma tuya?

CONDE.

Eso no es letra: es un pagaré...

LUIS.

Pues digo!

CONDE.

Y que no vencerá hasta el quince.

LUIS.

Y ¿á cuántos estamos?

CONDE.

Á catorce.

LUIS.

Con uno encima.

CONDE.

Se me han escabullido veinticuatro horas, no sé por dónde. Y ¿has recogido el documento?

LUIS.

Qué habia de hacer?

CONDE.

Te debo el importe.

LUIS.

Pero si me lo hubieras advertido... No tenía dinero en casa, y me he visto obligado á enviar á la de mi agente... En fin, que no vuelva á suceder esto.

CONDE.

Hombre! para hacer más de un mes que no nos veíamos, ¡me recibes con una cordialidad!...

LUIS. (Abrazándole.)

Ah! tienes razon; sino que...

CONDE.

Te dan unos prontos á veces... Gracias á que luégo te reconoces. (Sacando una cartera del bolsillo.) Vaya, toma tus seis mil francos: no hemos de regañar por tan poca cosa.

LUIS.

Calla! Y ¿de dónde has sacado tú...

CONDE.

¿De dónde! Cuando los tengo...

LUIS.

Como nadie te debe nada...

CONDE.

Tú ¿qué sabes? Todos debemos, y á todos nos deben. Pero hablemos ya con formalidad, pues me trae un asunto grave.

LUIS.

De otro tambien te hablaré yo luégo.

CONDE.

Sí? Pues empieza tú; que lo mismo da.

LUIS.

No: el tuyo, ¿dices que es grave?

CONDE.

Muchísimo.

LUIS.

Veamos. Ya te escucho.

ESCENA XII.

JOSÉ.—DICHOS.

LUIS.

Qué quieres? (Á José que sale.)

JOSÉ.

Señorito, que procure V. S. no hablar tan alto.

LUIS.

Por qué?

JOSÉ.

Porque esta ahí aquella señora...

LUIS.

Quién?

JOSÉ.

La de lo negro.

LUIS.

Pues ¿no le has dicho...

JOSÉ.

Sí, señor; pero se ha empeñado en que habia de escribir á V. S... Y en el despacho queda. No me he atrevido... Era sólo para que V. S. supiese... (Vase.)

CONDE.

Mira, chico, si estorbo...

LUIS.

Qué! Al contrario. En no sintiéndonos...

CONDE.

Ya! Has dicho que estabas fuera?

LUIS.

Pues. Y si sabe que no es verdad...

CONDE.

Quieres que salga yo á hablarla? Con decir que no estás en casa...

LUIS.

Para qué?

CONDE.

No es una señora?

LUIS.

Sí... pero...

CONDE.

Pues al ménos, cierra la puerta.

LUIS.

Es verdad; no sea que... (Echa el pasador con mucho cuidado, y al propio tiempo tratan de abrir por la parte de afuera.) Digo, ¡si me descuido!... (Mira por el agujero de la llave.)

CONDE.

¿Qué tal! Amigo, en estas cosas soy yo muy práctico.

LUIS.

Se marcha.—Papá, no extrañes...

CONDE.

Qué he de extrañar? Y luégo, estás en tu casa.

JOSÉ. (Saliendo.)

Se ha ido, y me ha dado esta carta para Usía.

LUIS. (Leyendo.)

«Sé que está V. en su casa, y se me ha negado. Para justificarme con V., queria verle una sola vez; no creia que le interesase tan poco mi suerte.»—No me interesa mucho.

CONDE.

Es viuda ó soltera?

LUIS.

Cuando nos conocimos, era soltera; se casó despues, y el marido parece que es un Otelo. Viven, sólo por temporada, en París; y ahí tengo un cajon lleno con cartas de la bella enlutada.

CONDE.

Conviene que salgas de esos laberintos, y que entres en cuentas...

LUIS.

Y tú, ¿cuándo entras en ellas?

CONDE.

En cuáles?

LUIS.

En las de economía.

CONDE.

Ah! No hago todavía bastantes? No sé que pueda vivir nadie con más miseria. Cuatro caballos de montar, otros tantos de tiro, dos para por la noche... y luégo, dos cocheros, dos lacayos, un par de criados, un cocinero... Digo! ni mayordomo tenemos.

LUIS.

Eso faltaba!

CONDE.

No recibimos más que visitas de hombres. Pues ¡y la mesa! Yo, con una tortilla y un vaso de agua, paso hasta la comida. Me parece que para nuestra fortuna...

LUIS.

Sabes tú en qué estado se halla nuestra fortuna?

CONDE.

Tú lo sabrás, que corres con la casa; yo en nada intervengo. Co-

mo puede uno tirar tan de largo con doscientas mil libras de renta...

LUIS.

Por tirar ménos corto que deberias, te has arruinado.

CONDE.

Cómo? Arruinado yo!

LUIS.

Á ver! Doscientas mil libras de renta propia tenías á la muerte de mi madre, y ciento veinte mil que la pobre me dejó, y de que tú eras usufructuario...

CONDE.

Oyes: ¿y no te dí puntualmente cuenta?

LUIS. (Dudando.)

Verdad es; pero...

CONDE.

Qué? Vamos.

LUIS.

Pero, desmembrando mucho tu capital,

CONDE.

Y ¿por qué entónces no me reñiste?

LUIS.

Porque tan derrochador era yo como tú en aquella época.

CONDE.

Pues hubieras debido irme á la mano.

LUIS.

Obraba como te veia á tí; vivia segun tú me enseñabas.

CONDE.

Si no te acostumbré á la economía, fué porque yo no sabía lo que era; además de que no habias de ser comerciante, ni ganarte la vida midiendo telas. Podremos haber perdido unos cuantos miles de francos; pero en cambio nos conocemos, contamos uno con otro, y sobre todo, estamos resueltos á defendernos mútuamente, áun arriesgando la vida, que es cuanto puede decirse. No piensas tú lo mismo?

LUIS.

Lo mismo, sí; y por mucho que tú me quieras, no es menor el cariño que te profeso; pero yo tambien te hablaré con ingenuidad. En el mundo, tú formas una excepcion; y caso de que necesites dis-

culpa, la tienes en tu juventud mal reprimida, y en lo prematuro y turbulento de tu viudez. Pero la vida de disipacion me va ya hartando, ó para decir verdad, me hartó desde un principio; porque pasar las noches barajando cartas, levantarse á las dos de la tarde, meterse en un coche para callejear, ó correr los Campos Elíseos en un caballo, y pasar la vida entre parásitos como Garán, ó haciendo la córte á mujeres como Madama Darcur; malgastar un dineral, que á muchos haria felices, y un corazon nacido para sentimientos más elevados; rebajarse uno en el concepto público, y de resultas no sacar sino quebraderos de cabeza; no vivir en fin y arruinarse encima, parece el colmo de la insensatez y de la desgracia. Y como sé que en el fondo abrigas tú el mismo convencimiento, y que ha llegado la hora de hablar con formalidad, es preciso adoptar un partido irrevocable. Ponte, pues, en mis manos. ¿Quieres que disponga de tí como de mí propio, y que, pues tú me has educado á tu manera, te enseñe yo desde hoy á la mia?

CONDE.

Tendria gracia eso. Vamos á ver.

LUIS.

Vendamos la hacienda de Vilsá, que nada produce: se venderá esta casa tambien...—y los criados, que son un atajo de pícaros, á paseo.

CONDE.

Pero, hombre, entónces...

LUIS.

Nada: no te opongas; no hay más remedio. Pagadas las deudas, te quedarán...

CONDE.

Cuánto?

LUIS.

Cuarenta mil francos de renta, y á mí lo mismo... Ah! pero hasta dentro de dos ó tres años no podrás disponer del capital.

CONDE.

Mucho tiempo es.

LUIS.

Pues no tienes otra salida.

CONDE.

¿Qué le hemos de hacer!

LUIS.

Admites?

CONDE.

Adelante: como tú quieras.

LUIS.

Pues firma ahí. (Sacando unos papeles del bolsillo.)

CONDE.

Qué papeles son estos?

LUIS.

Papeles que tenía yo prevenidos para cuando hubiese ocasion..... Ea! firma! Y como recelo que viviendo solo, has de volver á la andadas...

CONDE.

Qué plan te has propuesto?

LUIS.

Á ver si lo aciertas.

CONDE.

Ponerme una intervencion?

LUIS.

Nada de eso: casarte.

CONDE.

¡Casarme?

LUIS.

Sin remision.

CONDE.

Cásate tú.

LUIS.

Yo, luégo. Es menester que me dés ejemplo.

CONDE.

Vamos, tú ya sabías...

LUIS.

Qué?

CONDE.

Picarillo! Quién te lo ha dicho?

LUIS.

Á mí nadie me ha dicho nada.

CONDE.

De veras?

LUIS.

De veras. Explícate, papá.

CONDE.

Ha sido una ocurrencia tuya?

LUIS.

Mia exclusivamente.

CONDE.

Á ver si no hay entre nosotros cierta adivinacion...

LUIS.

Pero ¿qué hay?

CONDE.

Hay que... (Abrazándole.) Chico, dame un abrazo.

LUIS.

Bien; y aceptas...

CONDE.

¿Que si acepto! Pues si lo que yo queria decirte... aquel asunto tan grave...

LUIS.

Sí: qué?

CONDE.

Era eso precisamente... que quiero casarme... que me ha entrado esta monomanía.

LUIS.

Desde cuándo?

CONDE.

Desde hace un mes.

LUIS.

Vamos, la fecha no es para desesperarse. Y ¿por qué no me lo decias?

CONDE.

Hombre, porque creí que lo llevarias á mal. Ea, pues, vamos!

LUIS.

Á dónde?

CONDE.

Á Dieppe, á ver á la novia.

LUIS.

Qué novia?

CONDE.

Toma! La mia! Una muchacha de veinte años, amable, graciosísima, con una cabeza tan bella, tan elegante...

LUIS.

Pero ¿quién es? La conozco yo?

CONDE.

Si es Elena!

LUIS.

La sobrina de la Marquesa de Savarí? Vamos, es una broma.

CONDE.

No lo creas; es cosa muy formal.

LUIS.

Y ¿has pedido su mano?

CONDE.

Todavía no; pero voy á pedirla, y espero tomarla.

LUIS.

Ya! Es decir que estás enamorado de ella.

CONDE.

Pero ¿cómo! Como un chiquillo.

LUIS.

Y Elena...

CONDE.

No he querido decirle nada, hasta tener tu consentimiento; pero supuesto que me le has dado... Realmente, creo que con ella no me expongo á un desaire.

LUIS.

Y su tia?

CONDE.

Su tia lo está deseando. En fin, la pedirás en mi nombre; y si dice que sí, ántes de un mes me caso, y voy á ser el hombre más ejemplar... un modelo de maridos, un padre de familias, que ya... En seguida te casas tú, y viviremos todos juntitos aquí, ó fuera de París,

donde quieras. Vamos á ser felices, vamos á ser la envidia de todo el mundo.—En qué estás pensando?

LUIS.

Lo has meditado bien?

CONDE.

No que no!

LUIS.

Y el matrimonio ¿te hará feliz?

CONDE.

Felicísimo.

LUIS.

Pues no perdamos un momento. Vamos.

CONDE. (Dándole abrazos muy apretados y haciendo extremos de alegría.) Eres un ángel! Eres... (Tirando de la campanilla.) Á ver si José nos arregla el equipaje. (Abre una puerta y llama.) José!... Ah! Se me olvidaba que le he mandado...

LUIS.

Á dónde?

CONDE.

Tras una muchacha que me ha gustado.

LUIS.

Calla! ¡Y estás enamorado de Elena?

CONDE.

Qué quieres? Por no infringir la costumbre... Pero en casándome, yo te aseguro... (Llamando.) Cochero! Portera!

LUIS. (Lo mismo.)

Julian! Marcelina!—Habrán salido á coger el sol.

CONDE. (Abriendo la ventana.)

Santiago! Santiago!—Nada!... Tienes razon; hay que dar pasaporte á toda esta gente. Mira: hagámonos nosotros los baules, y despacharemos ántes.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de la Marquesa de Savarí en Dieppe.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, se ve solo en la escena á MR. DE VALMONT, el cual saca el reloj, mira la hora, coge el sombrero y va á marcharse, á tiempo que salen LIÑERÉ y UN CRIADO.

CRIADO (Á Liñeré.)

La señora Marquesa ha ido á bañarse con la señorita Elena; pero me ha dicho que volverá pronto; que si viene álguien, no se hará esperar mucho: y ahí está otro caballero...

LIÑERÉ.

Bueno: pues esperaré. (Vase el criado.—A Valmont.) Oh! amigo mio! Cuánto me alegro!... Al pronto no habia conocido á V.

VALMONT.

Qué tiene de extraño, haciendo tan poco que nos conocemos? V. ¿piensa esperar á la señora Marquesa?

LIÑERÉ.

Sí: dicen que vendrá pronto.

VALMONT.

Y ¿querrá V. hacerme un favor?

LIÑERÉ.

Con mil amores.

VALMONT.

Esta señora me habia convidado á una partida de diversion que se trata de hacer...

LIÑERÉ.

Justamente vengo á preguntar si están ya terminados los preparativos... porque el Conde... ya sabe V... el Conde de la Rivoniér, se encargó de todo...

VALMONT.

No, no sé nada; ni tengo el gusto de conocer al Conde; pero me es imposible cumplir mi palabra, porque me veo precisado á regresar á París inmediatamente.

LIÑERÉ.

Qué lástima! Y desea usted...

VALMONT.

Que en mi nombre se le haga así presente á la señora Marquesa; y se lo agradeceré á usted mucho, pues tengo tasado el tiempo.

LIÑERÉ.

Le ha ocurrido á usted algo desagradable?

VALMONT.

Sí: me habia adelantado yo á mi señora un dia, con ánimo de buscar aquí en Dieppe casa que nos conviniera; pero me escribe que se ha puesto de repente mala: y no aguardo más.

LIÑERÉ.

Ya se ve, se encontrará sola.

VALMONT.

La acompaña una señorita de mucha disposicion y de toda mi confianza; pero ¿cómo he de divertirme yo, cuando mi esposa está padeciendo!

LIÑERÉ.

Se conoce que la quiere usted de veras.

VALMONT.

Aunque en estos tiempos sea una ridiculez...

LIÑERÉ.

Ridiculez? No tal. ¿Por qué ha de ser ridículo que ame uno á su mujer propia, cuando hay tantos que quieren á las extrañas?

VALMONT.

Pues, en fin, si usted se toma la molestia de disculparme...

LIÑERÉ.

Señor mio, mándeme usted esto y cuanto usted crea...

VALMONT.

Mil gracias. Á dos leguas de Tur (1) tiene usted una casa, donde vivo la mayor parte del año; y me honraria usted mucho...

LIÑERÉ.

Lo agradezco. En mí sabe usted que tiene un amigo, deseoso de complacerle.

VALMONT.

Pues hasta la vista.

LIÑERÉ.

Adios. (Vase Valmont.)

ESCENA II.

EDUARDO.—LIÑERÉ.

EDUARDO.

Amigo Liñeré! acá estamos todos.

LIÑERÉ.

Hola, Eduardito!

EDUARDO.

Quién es ése?

LIÑERÉ.

Un tal Monsieur de Valmon.

EDUARDO.

Calla! Es éste?

LIÑERÉ.

Le conoces?

---

(1) Tours.

EDUARDO.

No; pero tengo noticias largas... y de su mujer tambien.

LIÑERÉ.

Á la cual por cierto muestra un cariño...

EDUARDO.

Pobre hombre!...

LIÑERÉ.

Oiga! Pues ¿qué...

EDUARDO.

Nada: que parece que ella no le quiere gran cosa.

LIÑERÉ.

Valmon! (Como recordando la especie.) ¿No es el famoso tirador de pistola, que lleva ya muertos en desafío á tres ó cuatro?

EDUARDO.

Creo que sí.—Ha venido ya el Conde?

LIÑERÉ.

Esperándole están.

EDUARDO.

Me alegro. Así le veré llegar hecho un pollo, con su corbatita azul y sus botines blancos. Dime, y ¿cuándo se casa?

LIÑERÉ.

Qué! Va á casarse? Con quién?

EDUARDO.

Con quién ha de ser? Con Elena, con la sobrina de la Marquesa.

LIÑERÉ.

Y yo ¿qué sé de eso?

EDUARDO.

Pues ¿quién sabe los secretos de la Marquesa mejor que tú? Hay quien dice que estuvísteis para casaros... Bien que áun no es tarde.

LIÑERÉ.

Y tan tarde como sería! Tú sí que hubieras debido pretender...

EDUARDO.

¿Á la Marquesa!

LIÑERÉ.

Á Elenita.

EDUARDO.

Eso queria mi padre.

LIÑERÉ.

Y ¿por qué no le has complacido?

EDUARDO.

Porque me gusta vivir soltero. Ya sabes si hay ocasiones en que ando apurado. Acudo á papá, y me contesta siempre: «Cásate, aunque sea con una volatinera, y te señalaré la renta que necesites.» Tan desesperado estoy á veces, que sólo por tener el gusto de que el viejo soltara los patacones, le daria por nuera la primera modistilla con quien tropezase; pero despues encuentro un judío, y me entra el arrepentimiento. Y eso que estoy reducido á no tener coche, ni un mal caballo; pues si mi padre lo oliera, diria: «Oiga V. caballerito, y eso ¿de dónde viene?» Y Dios sabe lo que haria conmigo, porque es atroz. De modo que siendo rico, hasta de lo mio carezco.

LIÑERÉ.

Pues da gusto á tu padre.

EDUARDO.

Sí, voy corriendo! Cuando tú te cases con la Marquesa, al instante me caso yo.

LIÑERÉ.

Hay incompatibilidades de familia... casi invencibles. Cuento además treinta y ocho años.

EDUARDO.

No son muchos.

LIÑERÉ.

Muchos no; pero han sido malísimamente aprovechados.

EDUARDO.

Cá! Pues si da gozo verte!

LIÑERÉ.

Ahora, tal cual; pero hace dos años... cada neuralgia y cada gastrístis que me acometia... Con que cenara una sola noche, perdia el estómago para ocho dias. En Julio tenia que llevar elástica de franela de color de rosa, eso sí, muy fina y muy guarnecida y muy pespunteada y adornadita; pero al fin y al cabo era franela: en una palabra, estuve... como te verás tú cuando tengas mis años, si no mudas de

vida. Cásate, y déjate de locuras; que de lo contrario vas á ser un reloj descompuesto, parándote á cada instante, y á cada instante llevándote á componer; y tu historia quedará reducida á estas cuatro palabras, como la de muchos: *Desechado sin haber servido.* Á ver: vuélvete un poco. (Vuélvese Eduardo sin saber á qué, y Liñeré le tienta las articulaciones de los brazos y las rodillas.) Chico, cásate pronto, no sea que llegue tarde el remedio.

ESCENA III.

EL CONDE.—Dichos.

CONDE.

Buenos dias.

EDUARDO.

Ah! Ya está aquí! Conde, muy bien venido.

CONDE. (Á Eduardo.)

Gracias. (Á Liñeré.) Cómo te va, mi buen Liñeré?

LIÑERÉ.

Perfectamente. Tú tan bueno?

CONDE.

Tan rozagante.

EDUARDO.

Qué ha hecho V. en Paris?

CONDE.

Lo que probablemente no haria V. con sus veintidos años. Llegué á mi casa; no habia pasado una hora, y estaba en Boloña; volví á París; salí para Dieppe, y aquí me tienen ustedes. En dos dias no he pegado los ojos; pero esta noche me desquitaré.

EDUARDO.

Alguna intriguilla, ¿eh?

CONDE.

Quién sabe?

EDUARDO.

Porque V. seguirá tan amartelado como siempre.

CONDE.

Lo mismo. No puedo estar cinco minutos al lado de una mujer, sin prendarme de ella.

EDUARDO.

Se entiende, siendo jóven.

CONDE.

Si no ha quedado ya una vieja en el mundo.

EDUARDO.

¿No hay ya viejas! De cuándo acá faltan?

CONDE.

Desde que ustedes sobran por esos salones. Los muchachos de hoy dia no buscan más que mujeres bonitas; y de resultas, todas se han empeñado en conservar las apariencias de la hermosura. Llegan á cierta edad; empiezan los hombres á abandonarlas; y ellas, que no pueden resignarse á vivir solas, comienzan tambien, á fuerza de ungüentos, cosméticos, albayaldes, colorete, bisoñés y tintas para las canas, á querer desvirtuar la accion de la naturaleza. Sin acordarse de que son madres, y quizás abuelas, caen como fantasmas en todos los bailes y reuniones; tratan de suplantar á las muchachas, y se devoran entre sí por echar la garra al pobre amante rezagado que se descuida. Antiguamente no se veia esto. La educacion preparaba á las mujeres para las sucesivas transformaciones de los años; y así, la que llegaba á ser madre sabía serlo, y aceptaba sin pesadumbre á su tiempo canas y arrugas. Á la belleza efímera, la reemplazaban con la discrecion, que nunca envejece; á la juventud, con la gracia; á la galantería, con el buen humor; y al amor, en fin, con una amistad sincera. No huian entónces los jóvenes de sus casas; ántes se consideraba como un honor el ser admitido en ellas. Pero ahora... ahora los mozuelos se conducen á la inversa: fuman en su presencia, las saludan con el sombrero puesto, les hablan sin cesar... y Dios sabe si valdria más que no abriesen la boca. El amor es una especulacion, el matrimonio un contrato de venta. Pretende V. confundirlos con estas verdades, que son el Evangelio; y le contestan á V. que se les ha pasado el amor, que no son ya capaces de semejante afecto: como si fuera tan difícil reanimarlo. No hay más que asomarse al balcon en una mañana de Abril, y ponerse á contemplar las mujeres que van pa-

sando. Qué ágiles! qué garbosas! qué cuellos tan esbeltos! ¡qué ojos tan vivos, y qué labios tan sonrosados! No parece sino que todas ellas se rejuvenecen, imitando á la naturaleza, y que abren su corazon al sentimiento del amor, que siempre es el mismo, porque á cada instante se renueva.

EDUARDO.

Mira, mira ¡cómo se entusiasma!

LIÑERÉ.

Si todos pudiésemos hacer lo mismo!...

CONDE.

Qué diablo! Hay más que ser cada cual lo que Dios le ha hecho? No sois naturalmente sensibles? Pues amad. Os sentis enternecidos? Pues no oculteis las lágrimas. La verdad es que la especie ha degenerado. Mi hijo, verbigracia, es un mozo como un trinquete; que en algo ha de parecerse á mí:—pues ha venido en el wagon durmiendo á pierna suelta, en vez de deleitarse con el aspecto de los campos, que desde Ruan acá son una maravilla. Y á propósito de mi hijo, ¿no ha llegado aún?

ESCENA IV.

LA MARQUESA, ELENA.—DICHOS.

MARQUESA.

Oh señores! Cuánto siento haber hecho esperar á Vds! Muy buenos dias. Esto se llama puntualidad.

ELENA. (Al Conde.)

Gracias á Dios que se le ve á V! Dos dias esperándole! ¡Bonito modo de proceder!

CONDE.

De veras! Pues ya estoy aquí.—V. buena?

ELENA.

Muy buena, mi querido Conde.

EDUARDO.

Qué tiempo tan hermoso!

LIÑERÉ.

Magnífico.

EDUARDO.

Y tiene trazas de seguir así.

LIÑERÉ.

Ójala! Miéntras no cambie el viento...

ELENA.

Qué conversacion gastan tan ingeniosa! (Al Conde.) No se vaya V.

(Coge el pañuelo y el sombrero de su tia, y va á guardarlos en la habitacion contigua, volviendo poco despues.)

EDUARDO. (Á la Marquesa.)

Y V., señora?

MARQUESA.

Muy bien. Qué tiempo tan delicioso!

EDUARDO.

Magnífico! Y tiene trazas de seguir así.

MARQUESA. (Al Conde.)

Luis ¿no ha venido?

CONDE.

Vendrá al momento.

MARQUESA. (Aparte al Conde.)

Le ha dicho V?...

CONDE.

Ya lo sabe.

MARQUESA.

Y ¿no ha puesto repugnancia?

CONDE.

Ninguna.

MARQUESA.

Tanto mejor.

CONDE.

Y V. ¿ha hablado con Elena?

MARQUESA.

Todavía no, porque le esperaba á V.; pero si V. quiere...

CONDE.

Qué?

MARQUESA.

Se lo diré ahora mismo.

CONDE.

No; esperemos que venga Luis.

MARQUESA.

Está V. inquieto?

CONDE.

Un poco: flaquezas del corazon.

MARQUESA.

Conque ¿V. la quiere?..

CONDE.

Con delirio.

MARQUESA.

Y teme...

CONDE.

Como es natural.

MARQUESA.

Yo lo que puedo decirle es que Elena no habla sino de V.

CONDE.

Sabe V. lo que pienso hacer, miéntras V. y Luis se lo indican? (Señalando á la puerta de la izquierda.) Esconderme ahí. Podré oir, ¿no es verdad?

MARQUESA.

Sin duda.

CONTE.

Y si la cosa va mal, me escurro...

MARQUESA.

Qué cobardía!

ELENA. (Al Conde, llegándose á él.)

Qué es eso?

MARQUESA.

Que estamos hablando de la expedicion preparada.

ELENA.

Conque ¿al fin se llevará á cabo?

CONDE.

Por qué no?

ELENA.

Á que no se acordaba V? Mañana habíamos de almorzar en Trepor, (1) y volvernos aquí embarcados..

CONDE.

Justamente.

ELENA.

Y como V. se marchó á Paris...

CONDE.

Bien: á efectuar los preparativos, á encargar...

ELENA.

Qué?

CONDE.

El almuerzo.

ELENA.

¿El almuerzo en Paris!

CONDE.

Sí, señora.

ELENA.

Y el barco tambien?

CONDE.

No; el barco un poco más léjos.

ELENA.

Dónde?

CONDE.

Vamos á ver, Eduardo.—¿Qué hubiera V. hecho para llevar mañana embarcadas á estas dos señoras hasta Trepor, darles allí un almuerzo, y volver por la tarde á Dieppe?

EDUARDO.

Toma! Poco tiene que discurrir. Llamar á un pescador, alquilarle su lancha, ir á Trepor, encargar allí el almuerzo en una fonda; y miéntras lo preparaban, enseñar á estas señoras las curiosidades de la poblacion.

ELENA.

Eso es. Encaja V. á la Marquesa y á Elena en un barcucho desvencijado, que apesta á alquitran y bacalao podrido; las lleva á un

(1) Tréport.

figon, que trasciende á bodrio y á cigarrazo, y se queda V. tan satisfecho.

EDUARDO.

Pues ¿qué ha de hacerse?

CONDE.

Oiga V. lo que en mis tiempos se hubiera hecho. Pedir al mejor constructor inglés un barquito nuevo á propósito con sus remeros; alquilar en Trepor una casa lindísima junto al muelle; en Paris, dejar dispuestos los ramos, los vinos y los demas adminículos del almuerzo; y á la hora precisa hallar servida la mesa entre flores y orilla del mar, de modo que las amabilísimas señoras que tienen la bondad de acompañarnos, se hallaran servidas casi tan bien como merecen. Esto es lo que ántes se usaba: esto es lo que yo he hecho. Mañana, á las nueve, salimos; almorzaremos al medio dia; y cuando Vds. se cansen, no hay más que emprender la vuelta.

MARQUESA.

Eso ya es demasiado.

EDUARDO.

Bravo, querido Conde! Merece V. una estátua.

LIÑERÉ.

Y á Luis, ¿qué le parece el proyecto?

CONDE.

Luis no sabe palabra; y áun convendria que no llegase á entender tampoco...

LIÑERÉ.

Cómo encubrirle el autor, siendo tan conocido?

CONDE. (Á Elena.)

Conque, Elena, ¿está bien dispuesto?

ELENA.

No puede estar peor.

CONDE.

Por qué?

ELENA.

Qué necesidad hay de tan costosas extravagancias?

CONDE.

Vaya: pues desquítese V.

ELENA.

Y ¿cómo? Como no arme una fragata y demos la vuelta al mundo...

CONDE.

Vamos allá: no me pesaría. Pero tiene V. otros medios.

ELENA..

Cuáles?

CONDE.

Más tarde lo sabrá V.

ELENA.

Y ¿por qué no ahora?

CONDE.

Porque no está presente Luis.

ELENA.

Luis? Él sólo lo sabe?

CONDE.

El sólo está autorizado para pedir á V. una gracia.

ELENA.

En favor de quién?

CONDE.

De su padre.

ELENA.

Ya lo voy entendiendo ménos.

MARQUESA. (Á Liñeré.)

Y V., Liñeré? (Aparte. Cómo sigues?)

LIÑERÉ. (Aparte á la Marquesa.)

Mi querida esposa, mejor que nunca.

MARQUESA.

Cuídese V. mucho, y no dé disgustos á los amigos.

LIÑERÉ.

Ah! se me olvidaba decir á V. que Mr. Valmon...

UN CRIADO. (Anunciando.)

El señor Vizconde de la Rivoniér.

(Movimiento de sobresalto en Elena.)

CONDE. (Á Elena.)

Qué es eso?

ELENA.

Nada: ese criado; me ha dado un susto...

ESCENA V.

LUIS.—Los mismos.

Luis.

Señora, si despues de tan larga ausencia...

Marquesa.

Ocho años há que no tenemos el gusto de ver á V., y un mes que nos prometió venir á vernos. Qué disculpa da V.?

Luis.

Aceptable, ninguna.

Marquesa.

Por lo ingénuo, merece V. la absolucion.—Mr. de Liñeré.

(Presentándole. Luis y Liñeré se saludan.)

Elena. (Al Conde, miéntras Luis da la mano á Eduardo, que está delante de Elena.)

No se mueva V.; quiero ver si me conoce.

Marquesa. (Á Luis.)

Vea V. á papá: siempre tan distraido. ¿Á que no ha oido anunciarle á V?

Luis.

Ni Elena tampoco?

Marquesa.

Ah! La ha conocido V?

Luis.

Viéndola aquí, conjeturo... Está ya tan diferente... Era una niña entónces. ¿Quién habia de sospechar?...

Elena. (Aparte al Conde.)

Hablan de nosotros.

Conde.

Tal creo. Y ¿qué le parece á V? No es buen mozo?

Elena.

Carezco de voto en la materia... y me adhiero al de V.

Conde.

Un corazon tiene...

ELENA.

Sí?

CONDE.

Y un talento!...

ELENA.

Le quiere V. mucho?

CONDE.

Oh!

MARQUESA.

Ea! Es menestar que renueve V. su conocimiento con Elena; y teniendo que hablarla luégo... Elena!

ELENA.

Tia! (Se levanta y se acerca á su tia.)

MARQUESA.

Tu antiguo amigo, Luis de la Rivonniér.

ELENA. (Con cumplimiento.)

Caballero...

LUIS.

Señorita... (Elena se retira.)

CONDE. (Á él.)

Es guapa, ¿verdad?

LUIS.

Sí; pero me ha recibido tan friamente...

CONDE.

Un poco de cortedad... Ahora os dejaremos solos. Mira que en tí consiste... Yo ya le he indicado algo.

LUIS.

Un hombre trae una carta para tí.

CONDE.

Y ¿dónde está?

LUIS.

En el portal. Le he dicho que se esperase.

CONDE.

Bueno. Iré á ver...

MARQUESA.

Niña! Qué séria has saludado á Luis!

ELENA.

No sabía que decirle, tia.

MARQUESA.

Pues acércate á él; que parece mal... (Elena se acerca á Luis.) (Al Conde.) Voy á salir, á hacer una pregunta.

CONDE.

Y yo tambien, á dar una respuesta.

LIÑERÉ.

Conde, ¿cuándo llegará el barco?

CONDE.

Desde ayer está esperando en el puerto.

LIÑERÉ.

Vamos á verle, Eduardo?

EDUARDO.

Vamos.

MARQUESA. (Á los dos.)

Que se les aguarda á Vds. á comer.

EDUARDO.

Está bien, señora.

(Vanse Eduardo y Liñeré, y el Conde con la Marquesa.)

ESCENA VI.

ELENA, LUIS.

LUIS.

Señorita, si el recibimiento que V. me ha hecho indica que ya no soy amigo de V. como en otro tiempo, entónces, á pesar de haberme autorizado la señora Marquesa..

ELENA.

No pase V. adelante. Quiere V. ser mi amigo? Yo le declararé tal, siempre que en V. haya méritos para ello; y como hace ya ocho años que no nos hemos visto, bueno será saber si ha mejorado V. desde aquella época, ó si por el contrario, se ha pervertido. Voy á dirigir á V. un interrogatorio.

LUIS.

Enpiece V. cuando guste.

ELENA.

Es V. hombre político?

LUIS.

En política, como cada cual, tengo mis opiniones; pero ni vivo ni hago profesion de ellas.

ELENA.

Fuma V.?

LUIS.

En mi cuarto, donde no entran señoras, alguna vez.

ELENA.

Pero, ¿tendrá V. caballos?

LUIS.

Eso sí.

ELENA.

Y ¿habla V. mucho de ellos?

LUIS.

Con el cochero no lo puedo excusar.

ELENA

No me ha engañado V.?

LUIS.

Estoy dispuesto á jurarlo.

ELENA.

Entónces, para lo que hoy se usa, es V. un hombre casi perfecto. Y siendo eso verdad, no sólo consiento, sino que me atrevo á suplicarle que siga V. llamándose amigo mio.

LUIS.

No ha perdido V. aquel carácter?...

ELENA.

No. Y V.?

LUIS.

Tampoco.

ELENA.

Me alegro mucho, porque todos nuestros tertulios son tan hoscos

y tan misántropos... De modo que no le habrá á V. disgustado volver á verme?

LUIS.

No por cierto.

ELENA.

Ni á mí tampoco.

LUIS.

De veras?

ELENA.

De veras.

LUIS.

Pues ¿por qué me ha recibido V. con tanta frialdad?

ELENA.

Ah! ¿queria V. que no le castigase despues de tan larga ausencia?

LUIS.

Castigo ha sido en verdad, y mayor de lo que V. cree.

ELENA.

Por qué?

LUIS.

Por lo que he perdido en todo este tiempo.

ELENA.

Ahora puede V. recobrarlo.

LUIS.

Difícil es.

ELENA.

No, pues como nos veremos á menudo... Y ¿ me encuentra usted muy cambiada?

LUIS.

Á la Marquesa se lo he dicho. Muy cambiada y muy...

ELENA.

Desconocida: ¿no es eso? Pues yo le hubiera conocido á V. inmediatamente. Verdad es que la última vez que nos vimos tenía usted diez y ocho años. Recuerdo que fué en un paseo, que iba V. á caballo, y que... Puedo hablar sin rodeos?

LUIS

Sí, diga V.

ELENA.

Y que era V. un poquito presuntuoso.

LUIS.

Y á los doce años, ¿advertia V. eso?

ELENA.

Eso y más. ¿Se acuerda V. de cuando paseábamos por el Luxemburgo? Y de aquellos cuentos que leíamos?...

LUIS.

Sí, que tenian estampas y las iluminábamos por las noches.

ELENA.

Pues todavía conservo el libro. Venga V., lo veremos; y si no, mejor será que me espere V. aquí. Lo traeré al instante. (Vase corriendo. Luis se queda pensativo.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA.—LUIS.

MARQUESA.

Qué hay?

LUIS.

Nada todavía: no hemos hablado más que de nuestra infancia.

MARQUESA.

Y ¿de papá no?

LUIS.

Señora, el recuerdo de lo pasado no nos ha dejado pensar en lo de hoy: además de que... francamente, el asunto, para mí, es más embarazoso de lo que parece á primera vista. Á una niña, que ha jugado conmigo á la gallina ciega, ¿cómo voy yo á decirle que si quiere ser mi madrastra? V. es únicamente quien pudiera encargarse de esto. Ya quisieran valer lo que mi padre muchos que se burlarian de él; y sin embargo, empeñarse uno en ser jóven cuando ha pasado de la edad de la juventud, no deja de ser una ridiculez, ó á lo ménos por tal la tienen los de mi edad. Haga V., pues, el favor de entablar esta pretension, ahorrando, caso de ser desairada, este sentimiento al que por sí no se atreve á hacerla.

MARQUESA.

Bien: yo me ofrecí desde luégo...

LUIS.

Hay todavía más. Mi padre está completamente arruinado, y ni lo sabe, ni conviene decírselo, porque no podria acaso sobrellevar tan funesto golpe. Á mí me queda una renta de ochenta mil francos; le he dicho que la suya es de cuarenta mil; y no le engaño, porque cediéndoselos yo, los tendrá por suyos. De modo, señora, que sus intereses...

MARQUESA.

Pocos hijos habrá que se conduzcan tan dignamente.

LUIS.

Hago lo que mi padre haria por mí en semejantes circunstancias.

ESCENA VIII.

ELENA.—DICHOS.

ELENA. (Dando el libro á Luis.)

Vea V.

LUIS.

Con efecto, éste es: aquí está la lámina del pájaro azul.

ELENA.

Pintado de verde por V. Lo mismo le daba á V. ultramaro que cardenillo.

LUIS.

Este libro me hacia á mí falta.

ELENA.

No debo yo darle.

LUIS.

Ay!—Á los piés de V.

ELENA.

Cómo! Se enfada V. por tan poca cosa?

LUIS.

¿Enfadarme! Oh! no.

ELENA.

Pues ¿por qué se despide V.?

MARQUESA.

Porque le está su papá esperando... y yo tengo que hablar contigo.

ELENA.

De qué?

MARQUESA.

Ahora lo sabrás. (Á Luis.) Hasta luégo. (En voz baja.) Papá está ahí escondido. (Vase Luis.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA, ELENA.

MARQUESA.

Sí, hija mia: tenemos que hablar.

ELENA.

De cosa formal?

MARQUESA.

De tu matrimonio. Ya ves que el asunto es interesante.

ELENA.

Para mí, lo mismo que otro cualquiera.

MARQUESA.

No te has decidido aún?

ELENA.

No, señora.

MARQUESA.

Pues, ¿de todos esos jóvenes...

ELENA.

Ninguno me inspira el menor afecto.

MARQUESA.

Cómo ha de ser! Acaso más adelante...

ELENA.

Sí, por ahora no corre priesa.

MARQUESA.

Ya; pero si se malogran las ocasiones...

ELENA.

Me quedaré como estoy: mire usted ¡qué desgracia!

MARQUESA.

Con todo, no sea que exijas demasiado... Vamos á ver: ¿cómo querrias tú que fuese tu marido?

ELENA.

Como Dios le haya hecho, con tal que yo le ame.

MARQUESA.

Y que él te ame á tí?

ELENA.

Por supuesto.

MARQUESA.

Ahí es nada lo que pretendes! Esa es la suma felicidad.

ELENA.

Felicidad que gozan muchas.

MARQUESA.

No en nuestra clase, ¡hija mia. Mujeres elegantes, frívolas, ricas, coquetas ó indiferentes, verás muchísimas; felices, acaso ninguna. En desquite de los privilegios de que gozamos, nos vemos privadas de otros goces; porque si además de ser noble, rica y hermosa una dama, tuviese por esposo un hombre á quien amase y de quien fuese igualmente querida, ¿qué le faltaria para ser completamente dichosa? No: Dios es justo, y da á otras, en compensacion de nuestras ventajas y de nuestro bienestar material, beneficios de que carecemos. El arte, pues, de las mujeres como nosotras, consiste en establecerse del mejor modo posible, sin salir de su esfera ni renunciar á las preeminencias de nuestra cuna; y así, de entre todos los que te rodean, debes elegir aquél cuyo nombre, posicion y carácter te convengan más ó te desagraden ménos: á esto deben limitarse tus aspiraciones.

ELENA.

De suerte que por haber nacido noble y rica, estoy condenada á no participar de ningun otro bien, y á casarme con un hombre que en cambio de una posicion social equivalente á la suya, se encargue de llevarme al teatro en invierno, y á viajar en los veranos conmigo, de acompañarme en las visitas que tenga que hacer ó que recibiere, y de vivir en mi compañía cierto número de años, hasta que se disuelva

esta sociedad de dos por la falta de uno. Risueña perspectiva! Dígole á V. que si esta felicidad ha de durar mucho tiempo, vale más que nunca principie.

MARQUESA.

Y el amor de los hijos? Te parece poco?

ELENA.

Tia, yo he pensado en eso alguna vez que otra, y voy á decir francamente lo que me parece. Á los diez y seis años (y V. lo debe saber por su propia experiencia), á los diez y seis años ó ántes no hay muchacha, rica ó pobre, que no empiece á pensar en el matrimonio; es el gran misterio, la ilusion más mágica de la vida.—¿Cómo será mi marido? Qué papel hará en el mundo? Dónde se hallará?—Nos le figuramos buen mozo, bien parecido, poético, mirando arrogante al cielo, y derribando cuantos obstáculos se interponen entre nuestro amor y el suyo. Entramos luégo en el mundo; y del marido soñado al meramente posible ¡qué diferencia tan inesperada! Unas, dando en el extremo opuesto, no ven en el matrimonio más que los placeres, el fausto, la libertad; otras, dotadas de corazon más sano y de más talento, comprenden que la dicha consiste en la juventud, en la fe, en la práctica del bien y de la virtud, es decir en el amor de los hijos á los padres, de la mujer al marido y de la madre á los frutos de sus entrañas; y convencidas de esto, encuentran, al fin, si no el caballero ideal con que habian soñado, al ménos un jóven honrado y pundonoroso que les dice: «Yo te estimo y te amo; ven á ser mia, y uniremos, no nuestros blasones ni nuestros tesoros, sino nuestras almas para amarnos sinceramente, para sentir juntos los placeres y las penas del mundo, para protegernos mútuamente y servir á los demas de leccion y ejemplo.» Pues bien: el dia en que yo encuentre este hombre, si es noble como yo, mejor; pero aunqne no lo sea, con él me caso, téngalo V. por seguro; porque nacimiento y riquezas de poco sirven; lo que hay que buscar es la felicidad.

MARQUESA. (Abrazando á Elena.)

Hija de mi alma!

ESCENA X.

EL CONDE, LUIS.—DICHAS.

CONDE.

(Sale al decir Elena las últimas palabras, y se detiene dando muestras de hallarse conmovido, hasta que mirando á su hijo, se aproxima á Elena.) Yo la quiero abrazar tambien.

ELENA. (Sorprendida.)

Señor Conde!

CONDE.

Me ha hecho V. llorar. Ah! Bien conocia yo lo que vale ese corazon! Acércate, Luis.

ELENA.

¿Estaba escuchándome V.!

CONDE.

Sí, hija, desde esa habitacion; pero ha sido con permiso de la Marquesa.

ELENA.

Qué quiere decir esto?

CONDE.

Quiere decir que un insensato, con triple edad que V., se habia propuesto que V. fuera su esposa; y al oir ese bellísimo razonamiento, mirando á su hijo, que estaba junto á él, ha dicho: «Ese hombre de quien habla Elena, ése á quien debe amar y á quien sin duda ama, noble, honrado y pundonoroso, es el mismo cuya trémula mano estrecho en la mia. Su agitacion me dice que sabrá corresponder, que corresponde ya, á un amor digno de la más alta recompensa; y me glorío de su triunfo, porque me cabe en él mucha parte, porque ese hombre es mi hijo, mi Luis, el ídolo de mi corazon!»

LUIS. (Echándose en los brazos del Conde.)

Oh! padre mio!

ELENA. (Conmovida.)

Señor Conde!...

CONDE. (Á la Marquesa.)

Señora, habia pedido á V. la mano de Elena; me faltó añadir que era para mi hijo.

LUIS. (Acercándose á Elena.)

Yo siento en mí el impulso del bien como lo veo en V. Unamos nuestras almas para amarnos con fe, para sentir juntos los placeres y las penas del mundo, para protegernos mútuamente y servir á los demas de leccion y ejemplo.

ELENA.

Cuánto tiempo me concede V. para pensarlo?

LUIS.

El que V. quiera tomarse. Yo he de emplearlo todo en dar á usted pruebas de que la amo.

ELENA.

Pues bien, veremos.

CONDE.

Verdad, Marquesa, que el llanto es un gran consuelo?

MARQUESA.

Tiempo hacia que no lo experimentaba. Creí que no me quedarian ya lágrimas.

CONDE.

Ah! teniendo uno hijos, no faltan nunca. (Saca el pañuelo para limpiarse las lágrimas, y con él saca involuntariamente una carta que deja caer.)

LUIS.

Amada Elena, adorada Elena, conozco ahora que si hubiera sido V. mi madrastra, yo jamás hubiera sido feliz.

ELENA.

Jamás hubiera sido yo madrastra de V.

CONDE. (Reparando en la carta y alzándola.)

Ah! la contestacion de Carlota. (Abre y lee.) «Sé que va á ser madre política de su hijo de V. la incomparable Elena de Savarí: con tal señora, no se necesita de ama.» (Mirando á Elena y á Luis que hablan afectuosamente.) Mire V. eso! Ni se acuerdan siquiera ya de que estoy en el mundo! La madrastra se ha vuelto nuera, y yo necesito ama otra vez.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Tocador de Elena, en casa del Conde y del Vizconde en París.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, ELENA está de pié, con un peinador puesto; sentado delante de ella, teniéndola cogida de las manos, LUIS.

ELENA.

Vamos, déjame ir á vestirme.

LUIS.

Ya irás.

ELENA.

Pero ¿qué quieres?

LUIS.

Decirte que te amo.

ELENA.

Y despues que me lo hayas dicho?

LUIS.

Repetírtelo, y no una vez sola, sino cuatro, por los dias que he estado ausente. Otro tanto me debes tú.

ELENA.

Bueno. Yo te amo tambien. Sí, señor, yo le quiero á V. mucho: más cada dia. Estás ya contento? (Luis la obliga á sentarse, y se pone ante ella de rodilas.) Qué pesado! Verás si entra álguien...

LUIS.

Quién ha de entrar?

ELENA.

Tu padre. Hemos quedado en salir juntos.

LUIS.

Adónde?

ELENA.

Á hacer visitas.

LUIS.

Á quién?

ELENA.

Á una porcion de gente.

LUIS.

Sí: á gente que me fastidia.

ELENA.

Y ¿por eso hemos de quedar mal! Como no te esperaba hasta mañana, habia resuelto entretenerme así; pero si no quieres que vaya, con pasar ahí á la habitacion de tu padre y decírselo...

LUIS.

Ea, bien: haz esas visitas; pero te he de vestir yo.

ELENA.

Anda! Bonita iria! La noche del baile me preguntó madama Eril quién me habia arreglado, y quién me habia hecho aquel vestido...

LUIS.

Pues qué tenía el vestido?

ELENA.

Digo! Y me llegaba aquí! (Señalando al cuello.) Parecia una colegiala.

LUIS.

Vamos, que por el escote de aquel vestido no te habias de ahogar. Por semejantes desahogos de traje va evaporándose poco á poco

la vergüenza de las mujeres; y el hombre que permite esa licencia á la suya, no da muestras de quererla mucho.

ELENA.

Pero si todo el mundo...

LUIS.

Dale con todo el mundo! Todo el mundo escarnece á los que se aman, á las mujeres virtuosas y á los hombres de pundonor, porque nunca transigen con ciertas libertades; pero todo el mundo hace la córte á las mujeres poco escrupulosas á costa de los maridos indiferentes. Todo el mundo dice que á la mujer propia se debe amar de cierto modo, con más respeto que pasion, y que el amor arrebatado, los celos, las demostraciones entusiastas, han de quedar reservadas para amantes de otra especie. Y ¿sabes por qué dicen eso? Porque matrimonio en que no media la pasion, llega á ser un aburrimiento, y la mujer aburrida, tarde ó temprano ha de buscar consuelo... No: yo no participo de la opinion de todo el mundo: me he casado contigo porque te amaba con delirio: y con delirio te amo, y en prueba de ello, ¡dame un abrazo! (Abre el Conde la puerta, y al ver la actitud de los dos esposos, que no lo advierten, vuelve á cerrar quedito, y se retira.)

ELENA.

Y cuando seamos viejos?

LUIS.

Allá veremos; además de que con no envejecer nunca...

ELENA.

Pues algun dia ha de llegar...

LUIS.

Por qué? No tienes ahí á mi padre?

ELENA.

Sin embargo...

LUIS.

Te disgusta que te ame yo así?

ELENA.

Al contrario: ¡me tengo por tan dichosa!.. Pero ¿quién te ha enseñado á querer de ese modo?

LUIS.

Tú.

ELENA.

Ojalá! (Dudando.)

LUIS.

Qué quieres decir?

ELENA.

No lo adivinas? Que tengo celos.

LUIS.

De quién?

ELENA.

Qué sé yo? Esa es mi confusion. Tengo celos de tu vida pasada, que no conozco, y que Dios sabe...

LUIS.

Tonta!

ELENA.

Sí, tonta. Con llamarnos tontas, creeis los hombres salir discretamente del paso. Pues mira, los que exigen ese respeto á la mujer propia, quizá no vayan descaminados, porque de otra suerte no veo qué diferencia existe entre la que lleva este título, y las que, tal vez aspirando á él, han sido menospreciadas. Y si no, dime: ¿á cuántas mujeres has dicho tú que las querias? Lo que es cuando pienso en esto, te aseguro... En fin, es imposible que no hayas amado á otras; con que dejemos esta conversacion.

LUIS.

No. Quieres que te diga la verdad?

ELENA.

Si no has de decírmela.

LUIS.

Oye. No á una, sino á muchas mujeres he dicho yo que amaba; pero cuando á ninguna he elegido por esposa, claro es que no me inspiraban este amor vehemente y puro á la vez, este amor verdadero que siento hácia la única que ha sojuzgado mi corazon, más que con los atractivos de la hermosura, con el irresistible encanto de su virtud. Y este predominio, esta especie de mágia que sobre mí ejerces, me infunde una aversion tan grande á lo pasado, á todo lo que no es mi presente felicidad, que no podré ya jamás trocarla por otra alguna. Amar uno de otro modo, y creer que ama, es un delirio, como

el considerar á su esposa cual una mujer cualquiera es la más lastimosa degradacion en que puede incurrir el hombre.

ELENA.

Luis mio! (Entra á este tiempo el Conde, y se acerca de puntillas, y al ver que Elena va á abrazar á Luis, se interpone entre ambos y recibe el abrazo.)

ESCENA II.

EL CONDE.—ELENA, LUIS.

ELENA. (Dando un grito.)

Ah!

CONDE.

No te asustes. Creí que se caía ese abrazo, y le he recogido. ¿Á quién iba encaminado?

ELENA.

Á Luis.

CONDE. (Abrazando á su hijo.)

Pues tómale, ya que es tuyo.—Cuándo has venido?

LUIS.

Hará cosa de media hora.

CONDE.

Y segun veo, de mal talante.

LUIS.

No tal.

CONDE.

Entónces es que estás malo.

LUIS.

Tampoco. Me siento mejor que nunca.

CONDE.

Ó que las cosas no se han compuesto bien.

LUIS.

No lo creas; se han arreglado perfectamente, y eso que estaban...

CONDE.

Embrolladas, verdad? Lo creo: tanto más tengo que agradecerte. Con que, mi señora doña Elena, cuando V. guste.

ELENA.

Pero si no me he vestido aún.

LUIS.

Y ¿adónde vais?

ELENA.

No lo sabes? Ya te he dicho que á hacer visitas.

CONDE. (En voz baja á Elena.)

¿Le has dicho algo de...

ELENA.

Nada.

LUIS.

Hola! ¿Andamos con cuchicheos! Si no es secreto y puede saberse.

CONDE.

Porque lo es, no debe decirse.

ELENA.

Es una sorpresa que papá me ha proporcionado, y estaba preguntándome si lo sabías. Figúrate que me ha regalado un cupé magnífico con dos hermosos caballos tordos, y un cochero que abulta por tres.

CONDE.

El cochero de lord Spotting, ya le conoces, el más alto y obeso que ha ostentado hasta ahora pescante alguno. Quedó desacomodado; todo el mundo le queria; pujaron unos y otros; pero yo fuí el mejor postor.

LUIS.

Y ¿cuánto cuesta ese coche?

CONDE.

Tú no has de pagarlo: ¿qué te importa?

LUIS.

Que no te importe á ti, es lo que me temo. Ya sabes que tienes de renta cuarenta mil francos, y que el capital...

CONDE.

Sí, sí: no se me ha olvidado; pero como para mí ya no necesito nada...

LUIS.

Y si crees que yo voy á estar toda la vida arreglando tus desarreglos...

CONDE.

Hombre, un carruaje decente os hacia ya falta; el que teníais no puede usarse más que de noche, que es para lo que nos ha servido.

LUIS.

Pues ¿dónde habeis estado estas noches?

ELENA.

Una, en los Italianos, otra en la grande ópera, la tercera en casa de madama Eril...

LUIS.

Y juntos los dos?

CONDE.

Juntitos.

LUIS.

Y hoy pensábais hacer visitas?

CONDE.

Mucho que sí, con el coche nuevo.

LUIS.

Y yo?

CONDE.

¿Tú!

LTIS.

Qué papel hago en esto?

CONDE.

Toma! El de marido: te parece poco?

LUIS.

Hasta rídiculo me parece.

CONDE.

Pues me alegro! Con que tú te marchas, yo me encargo de acompañar á tu mujer á paseo, al teatro, á hacer visitas, todo con el fin de que se distraiga, y ¿todavía no estás contento!

LUIS.

Mi mujer irá á todas esas partes, pero conmigo ó con los dos, si gustas; y si alguna vez me marcho y la dejo aquí (que procuraré no volver á hacerlo), se estará quietecita en casa. Esto me parece lo más prudente, y lo que se hará en lo sucesivo: ¿verdad, Elena?

ELENA.

Pero si yo...

CONDE.

No le hagas caso. Que él es tu marido! Yo soy tu suegro, y algun derecho ha de concedérseme. Amigo, veo que vas haciéndote muy gruñon y muy vulgarote, y que comienzas á chochear. Ó ¿es que te ha dado rabia que haya yo sido más listo é interceptado el abrazo que ibas á recibir? En fin, no volveré á hacerlo, descuida. (Á Elena.) Ya, ya verás como va sacando los piés de las alforjas. Estos que parecen tan suavecitos... (Á Luis.) En fin, V. vaya con su señora; que lo que es hoy, no salgo ya de casa. Es eso lo que querias? ¿Cómo se dice, niño?

LUIS. (Riéndose.)

Que no has de tener nunca formalidad!

CONDE.

En cosas así ¿de qué sirve tenerla?

JOSÉ. (Entrando.)

Por el señor Conde pregunta una visita.

CONDE.

Por mí?

JOSÉ.

Sí, señor; por V. S.

CONDE.

Ea. Pues hasta luégo. Que no os quedeis murmurando de mí. (Á Luis.) Mira, no te vayas; que tenemos que hablar, y volveré al punto. (Saludando en broma á Elena.) Señora, á los piés de usted. (Á Luis.) Beso á usted la mano.

ESCENA III.

ELENA, LUIS.

ELENA.

Qué cosas se te ocurren! Le has dado un disgusto al pobre.

LUIS.

Tú ¿qué sabes? No conoces todavía el mundo, y sobre todo no

conoces á mi padre. Si no se le va á la mano, entre coches magníficos y teatros y reuniones, verás adónde nos lleva. Es temible, no sólo por su prodigalidad, sino porque con su carácter ejerce tal predominio, que á poco que nos descuidemos, nos dejará sin voluntad propia. Bueno que viva á nuestro lado; mas con la condicion de que cada cual sea lo que es realmente; y ahora cuando vuelva, pienso decirle...

ELENA.

Te guardarás bien de decirle nada.

LUIS.

Por qué?

ELENA.

Porque no haria caso de tí.

LUIS.

Pues ¿de quién?

ELENA

De mí, que sé darme maña para entretenerle, dejándole referir sus aventuras pasadas, como si fuese un general que se acuerda de sus proezas: así es que le inspiro una confianza... Pero no creas que voy á los teatros por divertirme; ¡buena diversion, no teniéndote á mi lado! sino porque él se distraiga, y no le parezca tan brusca la transicion de la vida que ha tenido á la que le espera. Y no hay remedio: de un hombre acostumbrado por espacio de treinta años á ciertas cosas, ¿cómo se ha de exigir una conversion tan repentina? Déjame, pues, manejarle á mi modo y contentarle como á un chiquillo, hasta que el dia ménos pensado le hallemos, le presentemos y le hagamos que acepte una esposa, que á los tres nos convenga. Á esto aspiramos, ¿no es verdad? Pues ya verás como lo consigo.

LUIS.

Allá te las avengas. Enhorabuena. (Vuelve el Conde.)

ESCENA IV.

EL CONDE.—DICHOS.

CONDE.

Luis, llégate á mi cuarto; que están esperándote.

LUIS.

Quién?

CONDE.

Anda.

LUIS.

Pero ¿quién?...

CONDE.

Anda y lo verás. Es cosa de cinco minutos.

LUIS.

Vístete entretanto, Elena.

CONDE.

Si hay tiempo... No tengas cuidado. (Vase Luis, sin comprender las señas que le hace su padre.)

ESCENA V.

ELENA.—EL CONDE.

CONDE.

Te ha regañado? dime.

ELENA.

No. Si no me regaña nunca.

CONDE.

Más vale así: es decir que te quiere...

ELENA.

Oh! con delirio.

CONDE.

Vaya, me alegro.

ELENA.

Y ¿por qué lo pregunta usted?

CONDE.

Porque, como yo os he casado, tengo cierta responsabilidad... Y tú ¿me quieres á mí?

ELENA.

Pero, papá, ¿á qué viene eso? Puede usted dudarlo?

CONDE. (Suspirando.)

Papá! papá!

ELENA.

Qué es eso?

CONDE.

Que ese nombre... Haber estado para casarme contigo, y tener que contentarme ahora con que me llames papá!

ELENA.

Pues ¿cómo he de llamarle á usted?

CONDE. (Suspira otra vez.)

Papá, es claro.

ELENA.

Bastantes años hace que le llama á usted Luis así.

CONDE.

Cuando principió, era yo muy jóven, y cuando uno es jóven, se envanece de que le llamen padre. Y luégo, que Luis es hombre, y en un hombre no choca... Qué quieres que te diga? Tú no puedes pronunciar esa palabra, sin echarme en cara mis cincuenta años.

ELENA.

Pero ¿es posible...

CONDE.

Y ¡vaya usted á querer pasar por muchacho cuando está uno en peligro de ser abuelo! No lo digo porque lo esté deseando; pero me figuro....

ELENA.

Por Dios, no piense usted en eso.

CONDE.

En fin, ¿cómo ha de ser! Mi hijo me quiere, me quieres tú: contentémonos con esto.

ELENA.

Es usted querido de dos personas, y ¿áun le parece poco!

CONDE.

Poco no, si durase mucho.

ELENA.

¿Cómo, si durase!...

CONDE.

Cierto: la naturaleza ¡es tan previsora! Tú me has arrebatado

parte del cariño de Luis; vendrán luégo tus hijos, que se llevarán otro tanto, si no se lo llevan todo: y así, insensiblemente, me iré yo convirtiendo en un ente inútil, hasta que no sirva sino de estorbo.

ELENA.

Jesus! Qué humor tan tétrico!

CONDE.

Nada, no es eso, sino que á veces... Mira, yo te contemplo como á una hija, y no he de ocultarte mis sentimientos. Has de saber que lo que más me entristece es que haya en el mundo jóvenes, y que yo no pueda ya serlo. He llegado á la edad en que todo el mundo me habla de política, y en que me llaman para jugar al tresillo. Yo, tan solicitado, tan querido en otro tiempo, ¡verme hoy en un rincon! Y comprendo que no puede ser otra cosa; pero siento un vacío que no parece sino que me he trasladado á un desierto. Estoy ya en la categoría de galan añejo, que es el papel más ridículo que puede darse; y sin embargo, mi corazon se halla como á los veinticinco años. Lo malo es este período de transicion, esto de no poder uno hacerse viejo de una vez é instantáneamente; porque lo que á mí me desconsuela no es el ser viejo, sino el no poder ya ser jóven.

ELENA.

Pero ¡válgame Dios, papá!... Papá, no; señor Conde, mi querido Conde, como le decia yo á usted en Dieppe: ¿tanto tiempo há que pretendia usted, y merecia, casarse conmigo?

CONDE.

Por qué me lo recuerdas, Elena?

ELENA.

Porque así como puso usted los ojos en mí, puede usted ponerlos en otra, que le haga tan feliz como necesita, y como deseamos los que sólo queremos su bien.

CONDE.

Dónde hallaré otra que se te parezca?

ELENA.

Dónde ha conocido usted á la dama de luto que vino ayer á casa?

CONDE.

Cómo! La viste?

ELENA.

La cara no. Estaba yo ocupada en mi labor junto á la ventana donde suelo sentarme, y oí parar un coche; miré indeliberadamente, y ví que bajaba una señora, y que atravesaba el patio, como pudiera hacerlo una persona conocida de Luis. Confieso que me alarmé al pronto, hasta que supe que buscaba á usted: y de allí á una hora salió apresuradamente, con el pañuelo en la mano, como si acabara de enjugarse las lágrimas. Qué le dijo usted para que llorase?

CONDE.

Creiste que aquella señora venía á verme á mí? No son sus años compatibles ya con los mios.

ELENA.

Pues ¿por quién venía?

CONDE.

Por uno de mis amigos que la ha dejado, y me encargó la devolviese sus cartas. Cuando te digo que yo no sirvo más que para papeles de barba y de confidente...

LUIS. (Saliendo.)

Si has de salir, anda á vestirte, Elena, miéntras yo digo á papá cuatro palabras. (Vase Elena.)

ESCENA VI.

EL CONDE y LUIS, (Que permanece unos instantes callado.)

CONDE.

Vamos: ¿qué me querias?

LUIS.

Y ¡me lo preguntas tú?

CONDE.

Hombre, muy amoscado vienes.

LUIS.

Como si no hubiese causa ninguna...

CONDE.

Ha visto tu mujer algo? ¿No la he entretenido aquí, para dar tiempo á que se fuese la de lo negro?

LUIS.

Y ¿te parece bien hacerme salir de aquí para ponerme cara á cara con una mujer, que ha principiado por acusarse de haberme dejado, y ha concluido pidiéndome celos? ¿No podias haberme evitado esta incomodidad?

CONDE.

Pues más me ha incomodado á mí, sin tener nada que ver con ella. Digo! Y ayer ¡no fué cosa el llanto que armó! Hubiera querido verte en mi lugar.

LUIS.

La hubiera dicho que yo no tenía parte en semejante asunto.

CONDE.

Sí, que no se lo dije bien claro!

LUIS.

Y ¿qué contestó?

CONDE.

Se puso á dar voces, y á amenazarme con que se quitaría la vida.

LUIS.

Por qué? No se casó por su propia voluntad, sin contar conmigo? Yo me he casado sin acordarme de su nombre siquiera.

CONDE.

Dice que ella no supo lo que se hizo... y que no vive desde que tú te has casado.—Estaba furiosa; queria descubrírselo todo á su marido, que es más celoso que un turço, con la esperanza de que la matase. Venía á verme, porque tenía noticias de que yo era un excelente caballero, jóven todavía y amabilísimo... ¿qué sé yo los piropos que me echó? En resumidas cuentas, que ella tenía que hablarte por la última vez. «Mire V., señora, le repliqué: mi hijo no es ya libre; yo no puedo mezclarme en estas cosas; se ha marchado de Paris; sabe Dios cuando volverá »—Nada; gritar y gritar... y yo, temiendo que le diese una convulsion, y que Elena llegase á oirnos. «Cálmese V., por Dios; vuelva V. mañana» porque me habia prevenido que hoy era el último dia que pasaba en París. Creia yo que tú no hubieras vuelto aún, y que al fin lograrian mis persuasiones... Pero vienes tú; viene ella; me dice que sabe que estás en casa, y que ó vas á verla, ó se lo refiere todo á

la señora...—Te ha visto y se ha marchado. De qué te quejas? No me parece que haya habido inconveniente...

LUIS.

En venir ella aquí, lo habia muy grande.

CONDE.

Pero, ¿por qué?

LUIS.

Porque amo á mi mujer, porque no quiero ocasionarle el menor disgusto, porque deseo vivir con tranquilidad, y no concedo á nadie el derecho de perturbarla.

CONDE.

Dices eso por mí?

LUIS.

No; pero hay personas á quienes no quiero ver más, y que con sólo tomarse el trabajo de preguntar por tí...

CONDE.

Vienes con ánimo de regañar conmigo?

LUIS.

Te he dicho que no; pero que...

CONDE.

Sí; pero que te importaria muy poco. Pues, mira, todo eso es una extravagancia.

LUIS.

Me he propuesto ser un extravagante.

CONDE.

Chico, si estorbo, dímelo sin rodeos.

LUIS.

Tú no estorbas, pero sí los que vienen á visitarte.

CONDE.

Á los que vienen á visitarme, los dos les hemos enseñado el camino. Ántes de casarte has debido prevenir todas estas cosas, y no darias ahora lugar á ningun conflicto. Además de que si eres marido, tambien estás obligado á proceder con decoro; y ya que menosprecies á una mujer, no la irrites encima tratándola con descortesía.

LUIS.

Eso es verdad.

CONDE.

Hola! Y tanto! Pues bien: de este compromiso te ves ya libre; te ha costado un sofocon; te costará algunas cartas...

LUIS.

¿Cartas!

CONDE.

Pues ¿presumes que no ha de escribirte alguna? ¡Apénas es la niña sentimental!

LUIS.

Pero ¿ha dicho...

CONDE.

Toma! y yo se lo he aconsejado. Preferibles son diez cartas á otra visita; que ésta, una vez hecha, no puede ya evitarse, y aquéllas, con no leerlas...

LUIS.

Es decir, con no recibirlas...

CONDE.

Y ¿cómo has de componerte?

LUIS.

Marchándome.

CONDE.

Adónde?

LUIS.

Donde no haya riesgo de que caiga uno de esos billetes en poder de Elena...

CONDE.

Tonto, no tengas miedo. ¡Si yo lo he previsto todo, á pesar de que me crees tan torpe! Hemos acordado que en ninguna de sus cartas te nombre á tí; que sea yo el que figure en el sobrescrito, y que siempre me ponga en éste una cruz; ya sabes, una crucecita, como si fueran cartas de monja: y de esta suerte... (hombre no te inmutes así) y de esta suerte, aunque tu mujer sorprendiese alguna, me colgaria á mí el milagro, y de tí nada sospecharia.

LUIS.

Está bien pensado.

CONDE.

Conque ya ves que no hay motivo para incomodarse.

LUIS.

No, ciertamente.

CONDE.

Ni tampoco para que mudes de domicilio.

ESCENA VII.

ELENA.—DICHOS.

ELENA.

Luis, ya estoy. Conque ¿salimos?

LUIS.

Sí, vamos.

CONDE.

Elena y yo pensábamos comer hoy en casa de madama Eril. (Á Luis.) Acompáñala tú, y dí que yo no puedo ir, y por tanto que no me esperen.

ELENA.

Qué tiene usted, que parece que está sofocado?

CONDE.

¿Yo, hija mia! nada.

ELENA. (Á Luis.)

Y en tí advierto tambien...

LUIS.

Vaya, aprensiones tuyas. Vámonos.

ELENA. (Al Conde.)

Pues Luis vendrá á las seis á buscarle á usted. ¿Qué va usted á hacerse aquí solo?

JOSÉ. (Anunciando.)

El caballero Garán...

LUIS.

Garán! No hemos de vernos libres?..

CONDE.

Sabrá que he pasado á tu cuarto; querrá comer conmigo... pero si no quieres verle, con decirle...

LUIS.

Al contrario, que éntre. (Vase José.) Así le haré entender que en lo sucesivo...

GARÁN. (Saliendo.)

Conde, muy buenos dias... Ah! que está Luis... (Reparando en Elena.) Señora...

LUIS.

Adios, amigo Garán. Tengo precision de acompañar á mi esposa... Felices dias. (Le saluda con mucha frialdad, y se va, llevando á Elena del brazo.)

ESCENA VIII.

EL CONDE.—GARÁN.

GARÁN.

Pues, señor, el recibimiento no ha sido de lo más afectuoso que digamos. ¿Qué le ha parecido á usted!

CONDE.

No lo extrañe usted. Iba tan de prisa...

GARÁN.

Ya, pero... usted sabe que somos amigos; viven juntos usted y el Vizconde, y si el que venga yo aquí ha de ocasionarle algun disgusto...

CONDE.

No diga usted eso.

GARÁN.

Es que yo no quiero ser importuno en ninguna parte. Verdad es que Luis me ha hecho un favor, al que todavía no he podido corresponder, aunque si Dios quiere... pero en fin, si el motivo es éste, con no volver más...

CONDE.

Qué tontería! No haga usted caso de su mal humor. Es que ántes de llegar usted habíamos tenido una cuestioncilla...

GARÁN.

Los dos?

CONDE.

Los dos.

GARÁN.

Será cierto lo que se dice?

CONDE.

Qué?

GARÁN.

Nada. Hay cosas que ni la amistad ni la franqueza autorizan para repetir.

CONDE.

Garán, sabe usted cuán enemigo soy de misterios y reticencias. Si algo tiene usted que decirme, dígamelo por Dios; pero pronto y claro.

GARÁN.

Pues sepa usted que dias pasados, hablando de usted y del retiro en que vive, no faltó quien le comparase á la señorita de la Valliére...

CONDE.

Cómo! Y ¿en qué sentido?

GARÁN.

Decian que se habia usted enamorado de Elena; que habia querido ser su esposo; pero que habiendo ella preferido á Luis...

CONDE.

Pues es falso: ni ella ha preferido á nadie, ni ha oido hablar de más amor que del de mi hijo.

GARÁN.

Cierto; pero ¡vaya usted á evitar las murmuraciones de ciertas gentes! Unos opinaban que Elena habia hecho bien en casarse con quien se ha casado; otros, que en su lugar hubieran preferido al padre, y yo voté con estos postreros; y álguien añadió que á fuerza de vivir Elena con el hijo y con el padre, se convenceria de su error y sentiria no haber preferido al segundo, en términos de que marido y suegro se incomodarian uno con otro. Yo aseguré que esto no era posible; mas cuando usted me ha dicho que acababa de tener con su hijo una cuestioncilla...

CONDE.

Bien; pero nada tenía que ver...

GARÁN.

No es eso: no digo yo... Ello es que al menor pretexto, y sin ma-

nifestar nunca la verdadera causa... Si tendrá Luis celos de usted?

CONDE.

Qué disparate!

GARÁN.

No lo llame usted tal.

CONDE.

Pues no merece otro nombre.

GARÁN.

Vaya, vaya, que no es usted ningun caduco; y el dia que Luis conozca su inferioridad... Á que no le pesará á usted?

CONDE.

Déjese usted de esas tonterías.

GARÁN.

Ea! Á que no hace usted una apuesta?

CONDE.

Qué apuesta?

GARÁN.

Apueste usted conmigo... no mucho, porque no soy rico... y le siento, pues se me ofrecia ahora ocasion de ganar cuanto yo quisiera.

CONDE.

Pero ¿qué?

GARÁN.

Luis se habrá ido de muy mal humor: ¿no es cierto?

CONDE.

Creo que sí.

GARÁN.

Y ha quedado en verle á usted hoy?

CONDE.

Como que le estoy esperando.

GARÁN.

Pues apuesto veinticinco luises á que si le dice usted que se va á viajar por un año, sin añadir adónde ni con qué objeto, le deja á usted marcharse, y se alegra mucho.

CONDE.

Yo le apuesto á usted á que no sucede tal cosa.

GARÁN.

Pues apostado.

CONDE.

Apostado.

GARÁN.

Y si gano?

CONDE.

Si gana usted, iré á decírselo luégo, y comeremos juntos en una fonda.

GARÁN.

Magnífico! Así me gusta.

JOSÉ. (Anunciando.)

La señorita Enriqueta Laval.

CONDE.

Que pase.

GARÁN.

Le dejo á usted pues. (Á Enriqueta que entra.) ¿Está usted buena, señorita?

ENRIQUETA.

Muy bien... gracias... pero...

GARÁN.

No me conoce usted? Yo recuerdo que tuve un dia el honor de saludar á usted en la habitacion del señor Vizconde.

ENRIQUETA.

Ah! cierto, cierto. Perdone usted: se me habia olvidado. (Se saludan.)

GARÁN. (Al Conde.)

Conde, adios, hasta luégo. (Vase.)

ESCENA IX.

ENRIQUETA.—EL CONDE.

CONDE.

Es cosa bien particular! Mi hijo y hasta ese bendito de Garán la conocen á usted por haberla visto en mi casa, y yo, apénas la conocia sino por escrito.

ENRIQUETA.

Cómo ha de ser! Yo anhelaba manifestar á usted verbalmente, á lo ménos una vez, mi reconocimiento: ya lo he conseguido, y ya sólo deseo no molestarle.

CONDE.

¿Molestar! No, hija mia, no: usted escribe unas cartas admirables por el concepto y por la expresion; usted, vista y oida, agrada más que por escrito: personas así no molestan, encantan.

ENRIQUETA.

Veo que la fama de galan que el señor Conde goza, es más que merecida.

CONDE.

Fama... galan!... En mala ocasion me recuerda usted mi fama, Enriqueta. Á propósito, usted vive en casa de un Mr. de Valmon: ¿se habla de mí en casa de ese caballero?

ENRIQUETA.

En todas partes se habla de personas tan distinguidas.

CONDE.

Qué se dice de mí?

ENRIQUETA.

Se dice... Debo prevenir á usted que ni el señor ni la señora de Valmon conocen á usted personalmente; pero la señora... por el señor Vizconde... tiene del padre la opinion que merece.

CONDE.

La señora de Valmon conoce á mi Luis?

ENRIQUETA.

No ha de conocerle?

CONDE.

Pues ¿quién es Madama Valmon?

ENRIQUETA.

Cómo le diré á usted quién es? Madama Valmon es una señora... que.. es una jóven recien casada... que va siempre vestida de negro.

CONDE.

Si será la que ha estado hoy aquí?

ENRIQUETA.

Ayer, sé que estuvo.

CONDE.

Pues hoy ha vuelto.

ENRIQUETA.

Por eso ha sabido desprenderse de mí, tanto ayer como hoy.

CONDE.

Ella me dijo que su marido le habia puesto una especie de vigilante, una señorita muy discreta, muy honrada y muy linda, á quien ella no podia sufrir.

ENRIQUETA.

Servidora de usted.

CONDE.

Sálgase usted de ahí, hija; salga usted pronto de esa casa.

ENRIQUETA.

Eso es lo que deseaba tratar con usted. Si entré en casa del señor Valmon, fué porque su señor hijo de usted me dió á entender que allí podia yo servirle de algo; que podria hacer conocer á madama Valmon lo que á ella y al señor Vizconde les convenia: un olvido completo y recíproco de las escasas relaciones que entre ambos habian mediado.

CONDE.

Que es lo que esa señora no quiere entender.

ENRIQUETA.

Lo entenderá perfectamente; pero esa dama es de carácter antojadizo y obstinado; quiere hacer las cosas á su manera, y no de otro modo. Se ha empeñado en tener una entrevista con el Vizconde, de quien no hacía ella caso cuando admitió la mano de Mr. de Valmon; el señor Vizconde ha rehusado la entrevista, y eso ha bastado para que no deje en paz al señor Vizconde.—Estas cosas no son para mí: por lo cual he de merecer de usted suplique á la señora Vizcondesa, su nuera, que si sabe de alguna casa más tranquila, donde pueda yo servir de aya, tenga la bondad de avisarme y recomendarme.

CONDE.

Ay! quizá la necesite yo á usted para mi casa, Enriqueta.

ENRIQUETA.

Pues ¿cómo!

CONDE.

Prevee que tendremos que separarnos pronto el padre y el hijo.

ENRIQUETA.

Válgame Dios!

CONDE.

Tendrá usted entónces inconveniente en venirse á mi casa?

ENRIQUETA.

Inconveniente... Señor Conde, yo le debo á usted mi vida y la de mi madre; yo jamás olvidaré nuestro encuentro en el camino de Monmoransí; pero se oyen tales cosas á veces...

CONDE.

Qué quiere usted decir?

ENRIQUETA.

Que allá en casa de mis señores... y eso que sólo viven en París una temporada del año... se ha hablado de usted... y no muy caritativamente, señor Conde. Yo, como tengo obligacion de ello, le he defendido á usted con resolucion, y han llegado á figurarse que yo...

CONDE.

Tambien suponen que es usted mi querida?

ENRIQUETA.

No está léjos de creerlo Mr. Valmon.

CONDE.

Ya vé usted ¡qué verdaderos son á veces los juicios del mundo!

ENRIQUETA.

Esa falsa imputacion prueba la falsedad, la iniquidad horrible de otra.

CONDE.

De otra? Cuál?

ENRIQUETA.

Para qué quiere usted saber una mentira odiosa?

CONDE.

La mentira que repiten muchos viene á ser la verdad para todos. Dígamela usted, Enriqueta, dígamela usted.

ENRIQUETA.

Como parece que usted visitaba mucho á la señorita Elena en casa

de su tia, se han empeñado en que usted la queria de soltera... y... y... áun...

CONDE.

Y áun despues? Justo Dios! Eso piensan todos de mí!

ENRIQUETA.

Todos! Señor Conde, yo no lo pienso. Eso no es verdad.

CONDE.

Quizá es usted la única persona que me hace justicia.

ENRIQUETA.

La única!

CONDE.

Usted sola... y Elena: nadie más, Enriqueta, ninguno.

ENRIQUETA.

Jesus, señor Conde! Y su hijo de usted!

CONDE.

Mi hijo... mi hijo... Aquí viene. Va usted á saber lo que piensa mi hijo.

ESCENA X.

LUIS.—EL CONDE, ENRIQUETA.

LUIS.

Enriqueta! Muy buenos dias. ¡Cuánto va á sentir Elena no verla á usted, ella que se prendó de usted tanto la primera vez que la vió! (Al Conde.) Vengo á vestirme, y por tí, si comes con nosotros.

CONDE.

Gracias. Hoy voy á comer á otro lado.

LUIS.

Entónces, me darás tu licencia... y démela tambien usted, Enriqueta, porque están esperándome. Te veremos esta noche?

CONDE.

Me parece que no.

LUIS.

Pues entónces, hasta mañana.

CONDE.

Oye una ocurrencia.

LUIS.

Qué quieres?

CONDE.

Queria consultarte sobre un proyecto.

LUIS.

De qué?

CONDE.

De viaje.

LUIS.

De viaje... inmediato?

CONDE.

Pché! Se me habia ocurrido marcharme... pasado mañana... ó mañana quizá.

LUIS.

Á dónde?

CONDE.

Á Italia.

LUIS.

Tus negocios están en órden... precision de estar en París, no tienes ninguna.

CONDE.

Con que ¿te parece bien que me vaya, eh?

LUIS.

Perfectamente.

CONDE.

Por qué no te animas y me acompañas con Elena?

LUIS.

Lo que es ahora, no; más adelante... puede que nos reunamos contigo. Si quieres dinero...

CONDE.

Acudiré á tí, desde luégo. Pues anda, hombre, anda; que te espera tu señora. Ya te veré ántes de partir.

LUIS.

Ya lo supongo. Enriqueta, á los piés de usted.—Hasta luégo. (Da la mano á su padre y váse.)

CONDE.

Ya lo ve usted, Enriqueta. No me quiere á su lado mi hijo!

ENRIQUETA.

Señor Conde!...

CONDE.

No pienso viajar; mas tampoco puedo admitir á usted en mi casa, Enriqueta. La llevé á usted en brazos para conservarle la vida; debo separarla de mí para conservarle la honra. ¡No me quiere ya mi hijo, Enriqueta, no: ya no me quiere!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion del Conde en París.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, sentada á una mesa; JOSÉ.

CARLOTA.

Tome usted, José. (Le da unos papeles.) La cuenta de la cocinera está perfectamente ajustada; sólo que cada cosa nos la pone doble de lo que cuesta.

JOSÉ.

Pues la cocinera no sisa.

CARLOTA.

Ya se ve que no. Yo rebajo lo que ella sube: ¿qué ha de sisar? En la de usted he notado una pequeña equivocacion.

JOSÉ.

¿Cómo, Carlota!

CARLOTA.

Como la del mes pasado, como la de todos los meses: treinta francos de más. Doy treinta ménos, y estamos corrientes.

JOSÉ.

No vaya usted á creer que nosotros...

CARLOTA.

No se inquiete usted por esto, José. La cocinera aumenta; yo disminuyo: usted se equivoca; yo rectifico: y el señor Conde, que les ha subido los salarios á ustedes á instancia mia, se halla bien servido y gasta diez veces ménos que ántes.

JOSÉ.

Ya, como usted suprime...

CARLOTA.

Todo lo inútil, todo lo que no le gusta al Conde, verbi-gracia, los vinos. Desde que los he desterrado de la mesa del amo, goza usted excelente salud.

JOSÉ.

Carlota!

CARLOTA.

Lo mismo que las perdices. Tambien le hacian á usted daño; ya no: eso me debe usted. Conque, déme usted las gracias, y coja el plumero y limpie esos trastos de la pieza inmediata, que están con un dedo de polvo encima.

JOSÉ.

Se da usted un tono, Carlota...

CARLOTA.

Tres veces me ha llamado usted con sólo mi nombre, sin decir *señorita,* y no me he desazonado por eso, aunque se disgustaria mucho el amo si lo supiera, y tal vez por esa niñería le pondria á usted en la calle. No es para tanto la falta, si usted se corrige. Vaya usted y arregle ese cuarto, señorito José.

JOSÉ.

Dispense usted, señorita Carlota. (Aparte. Señorita! El mejor dia va á mandarme que la llame señora Condesa.) (Vase.)

ESCENA II.

EDUARDO.—CARLOTA.

EDUARDO.

Carlotita!

CARLOTA.

Señorito Eduardo!

EDUARDO.

Cuánto me alegro de hallarte sola!

CARLOTA.

Ménos quizá que yo cuando usted me deja.

EDUARDO.

Ya te fastidio?

CARLOTA.

Desde el primer dia.

EDUARDO.

Pero ¿es posible que no me quieras algo?

CARLOTA.

Pero ¿de qué me puede servir usted á mí?

EDUARDO.

De lo que el Conde, que vale mucho ménos que yo.

CARLOTA.

Á ver, á ver. Tásese usted.

EDUARDO.

En primer lugar, yo soy jóven...

CARLOTA.

Sin salud, sin juicio, sin dinero....

EDUARDO.

Sin dinero? Cincuenta mil francos hubiera gastado contigo...

CARLOTA.

Y los ha derrochado usted con una operista. Donde á usted le cantan, vaya usted y acompañe.

EDUARDO.

El Conde, por más que te diga (ya lo verás), no se casa contigo.

CARLOTA.

Y usted? Mire usted que el Conde se ofrece á ser padrino, si usted es el novio.

EDUARDO.

¿Le has dicho tú...

CARLOTA.

Cuanto usted á mí.

EDUARDO.

Has cometido una imprudencia.

CARLOTA.

Miras tan honradas como supongo serán las de usted, ¿las habia yo de reservar de mi amo? No merece eso el favor que de usted recibo, y el aprecio que el señor Conde hace de usted.—Con que ¿cuándo nos casamos, galan?

EDUARDO.

Mujer... yo...

CARLOTA.

Usted, por modestia sin duda, no habia tratado todavía de esa materia: contaria usted con que propondria yo la cuestion; y en efecto, yo soy quien la entabla. ¿Me autoriza usted, mi apasionado amante, para que pida la mano de usted á su respetable familia?

EDUARDO.

Mi familia... Mi familia querria conocer á fondo la tuya.

CARLOTA.

Bastantes noticias tengo dadas á usted.

EDUARDO.

Bastantes patrañas sí que me has encajado.

CARLOTA.

Oiga!

EDUARDO.

Tú no has vivido en Lion, como me decias: juraria yo que te he conocido en una casa de campo de las inmediaciones de Burdeos.

CARLOTA.

¡Á mí? Cuándo me ha de haber conocido usted?

EDUARDO.

Cuándo? Cuando tú tendrias unos quince años, y yo ménos de

trece: cuando tú eras ya un diablillo con faldas y yo un gaznápiro.

CARLOTA.

Esa época de usted áun creo que dura.

EDUARDO.

Cuanto más te miro y te oigo, más me aseguro de que eres la misma. Sí: tú vivias en compañía de una viuda muy rara, que no se trataba con nadie; tú te escapabas á un bosquecillo para travesear con un estudiante... yo buscaba allí nidos, y encontré pájaros.

CARLOTA.

Paparruchas. Usted ve visiones.

EDUARDO.

No te me despintas, oh! no. Por cierto que la última vez que te ví con el estudiante, ¡ibais tan derretidos!.. Él te ofrecia no sé si un collar ó un rosario; tú lo rehusabas haciendo mil dengues; yo os seguia sin que lo advirtiérais; y cuando ví que admitiste el regalo, te tiré al sombrero un terroncillo de barro seco, y volviste á mirarme con una cara!.. (Carlota le mira con sorpresa y enojo.) Con esa! Es la misma. Tú eres la del bosque. (Va á pasarle por la cara la mano, y ella le da un bofeton.)

CARLOTA.

Quite usted de ahí.

EDUARDO.

Demonio!

ESCENA III.

GARÁN.—CARLOTA, EDUARDO.

GARÁN.

Manos blancas no ofenden. Sofocadillos encuentro á los dos: ¿busco un par de abanicos?

CARLOTA.

Abanicado va ya este caballerito.

EDUARDO.

Ménos esquiva era usted entónces que ahora; yo recordaré todo lo pasado, señorita.

CARLOTA.

Caballero, procure usted no olvidar lo presente.

GARÁN.

Adios, Eduardo. Mucho ha sonado eso; pero lo que es por mí no sonará. (Vase Eduardo.)

ESCENA IV.

CARLOTA, GARÁN.

GARÁN.

Pues, amiguita, quedan hechos todos los encargos de usted con buen resultado. El guarnicionero, el proveedor de la caballeriza, el sastre, en fin, todos los abastecedores de la casa convienen en rebajar una tercera parte de los precios antiguos, cobrando al contado.

CARLOTA.

De modo que el crédito del Conde...

GARÁN.

Está completa y ventajosamente rehabilitado, gracias á usted.

CARLOTA.

Y á usted que me ayuda, y que no perderá su trabajo. ¿Tiene usted algo más que decirme?

GARÁN.

Lo más importante. Que el Vizconde y su esposa han vuelto de su viaje á Venecia.

CARLOTA.

Calla! Y dónde paran?

GARÁN.

Hace ocho dias que se hallan en una fonda de Fontenebló.

CARLOTA.

Y ¿por quién lo ha sabido usted?

GARÁN.

Por el Conde mismo.

CARLOTA

Se han visto ya hijo y padre?

GARÁN.

Cá! Luis no ha dado al Conde parte de su llegada; el Conde lo ha sabido extraoficialmente; me ha encargado que lo averigüe; lo sé de buena tinta, y se lo participo á usted para los efectos consiguientes.

CARLOTA.

Pues, señor, si el hijo viene, lo conveniente para mí es que el padre se marche.

GARÁN.

Á mí no me convendria gran cosa.

CARLOTA.

Sí tal, porque el Conde le proporcionará ántes á usted una buena colocacion.

GARÁN.

De ese modo... gracias. Mucho sentiria no asistir á la boda; pero...

CARLOTA.

Ha almorzado usted?

GARÁN.

Sí; pero ¡tan mal!...

CARLOTA.

Pues ¿dónde ha sido?

GARÁN.

En mi casa.

CARLOTA.

Ya. Pase usted al comedor; que si no me equivoco, tengo visita. Por si hay que hacer un viaje, pregunte usted al agente del Conde cómo estamos de fondos. Ínstele usted; hágale usted hablar sin reparo ninguno.

GARÁN.

Hasta despues, Condesa.

CARLOTA.

Condesa... despues... (Vase Garán.)

ESCENA V.

LIÑERÉ.—CARLOTA.

LIÑERÉ.

Señorita Carlota, desearia hablar con usted.

CARLOTA.

Señor de Liñeré, me tiene usted á sus órdenes.

LIÑERÉ.

Creo que sabe usted la estrecha amistad que me une al Vizconde Luis.

CARLOTA.

Sé la amistad... y tambien el parentesco de ustedes.

LIÑERÉ.

Yo pariente de Luis!

CARLOTA.

Como esposo de la señora Marquesa...

LIÑERÉ.

De qué Marquesa?

CARLOTA.

De la de Savarí, tia de la Vizcondesita Elena, segun se dice. Están ustedes casados en secreto: lo saben pocos; pero yo tengo la honra de pertenecer á ese corto número, y por mí no se divulgará. Es usted, por lo ménos, tio político del Vizconde: conque diga usted.

LIÑERÉ.

En dos palabras. Luis partió con su mujer á Italia cuando....

CARLOTA.

Cuando vió que su padre se quedaba en París.

LIÑERÉ.

Entónces se presentó usted aquí...

CARLOTA.

Para suplir, aunque muy imperfectamente, la falta de una nuera entendida.

LIÑERÉ.

Y, segun parece, la suplente de nuera se vuelve novia.

CARLOTA.

Habiendo otra novia convertídose en nuera, vaya uno por otro.

LIÑERÉ.

Se considera usted digna de ser Condesa?

CARLOTA.

Se ha considerado usted indigno de ser Marqués?

LIÑERÉ.

Yo soy un caballero, Carlota.

CARLOTA.

Yo soy mujer. Las condesas, las reinas, y áun las emperatrices, no se pueden hacer sino de mujeres. Los hombres, para llegar á puestos de cierta altura, necesitan disposiciones personales felices, estudios, carrera, servicios, ¿qué sé yo cuántas cosas! Para las mujeres hay otra regla: nos basta decir que *no* una porcion de veces, para decir que *sí* cuando llegue el cuarto de hora de la fortuna. Muchos me han preguntado si queria ser lacaya, cochera, alguacila, y áun sargenta de policía. Á todos estos individuos les dí las más expresivas gracias y calabazas: y eso que el agente de policía era hombre de mérito superior en su oficio. Sabía la historia secreta de todo París: la del Conde y sus damas, la de la Marquesa y usted, la de Eduardo y la mia. Murió el pobre de resultas de una paliza que recibió en el ejercicio de sus funciones: le cuidé en sus últimas horas, y me dejó heredera de algun que otro secreto, de que podia él disponer y yo utilizarme. Tras estos pretendientes, hubo quien me quiso hacer bailarina, usurera, vendedora de empleos, vendedora de honor... «Eso no,» dije infinitas veces; ahora digo, «esto sí.» Quien deja que le ofrezcan y acepta lo mejor entre lo ofrecido, ni tiene mal gusto, ni tiene culpa.

LIÑERÉ.

Esa es la cuestion. Yo vengo á ofrecer á usted, en nombre de mi amigo Luis, lo mejor para usted.

CARLOTA.

Y ¿qué es lo mejor?

LIÑERÉ.

Mejor que ser Condesa de la Rivoniér, es decir, esposa de un hombre de edad, á quien usted de seguro no quiere; á quien, por lo ménos, no podrá usted querer dentro de pocos años, porque usted

será muy jóven todavía y él un viejo achacoso; mejor que ser madrastra de Luis y de Elena á disgusto suyo (porque el disgusto de las personas de posicion y de mérito da muy mal resultado por último); mejor que todo esto sería que aceptara usted medios... recursos cuantiosos, digna y seguramente ofrecidos... que le proporcionarian á usted en su dia una colocacion acomodada á su juventud, y muy superior á su actual estado.

CARLOTA.

Esta era la ocasion de hacer grandes aspavientos acerca de la propuesta de usted. «En cambio del amor y el honor, se me ofrece dinero! Dinero! Qué horror! Qué ignominia!»—Yo no soy así: la propuesta del señor Vizconde merece pensarse. Por lo demas, ese caballero y su esposa tienen lo que querian. Ellos trataban de casar á su padre, y el papá se les casa: ¿de qué se sorprenden? Por qué se incomodan?—El Conde!—Sírvase usted retirarse; que ya continuaremos esta conversacion. (Vase Liñeré.)

ESCENA VI.

EL CONDE.—CARLOTA.

CONDE.

Carlota!

CARLOTA.

Señor!

CONDE.

Apare usted en esas preciosas manos, y cierre los ojos.—En honra y gloria de San Cárlos, patrono de usted y santo del dia. (Le echa un collar en las manos.)

CARLOTA.

Señor Conde, ¿está pagado este collar?

CONDE.

Todavía no: quise ántes saber si era de su gusto de usted.

CARLOTA.

Pues no lo es: mande usted volverlo á la tienda, porque, en primer lugar, su precio consumiria con exceso todos los ahorros que ha

hecho usted por consejo mio, y en segundo, porque yo, como tengo mil veces dicho, no recibo nada de usted.

CONDE.

Nada más que esta prenda.

CARLOTA.

Esta ménos que ninguna.

CONDE.

Por qué?

CARLOTA.

Porque no he de usarla.

CONDE.

Ahora, quizá no; pero más adelante...

CARLOTA.

Tampoco: yo no llevaré collar en mi vida.

CONDE.

Podré yo saber la razon?

CARLOTA.

Un collar me recordaria otro... de funesta memoria.

CONDE.

Don de un amante?

CARLOTA.

De un engañoso, de un pérfido.

CONDE.

Habla usted de ese sujeto con una vehemencia, que extraño: recuerde usted que me ha dicho que jamás ha querido á nadie.

CARLOTA.

He dicho verdad: á los quince años creí yo que amaba; pero aquello no fué amor, sino imprudente curiosidad, fascinacion y sorpresa. En el retiro donde yo vivia á una legua de Burdeos, penetró un jóven... muy jóven aún, sí, pero disoluto, viciado. De él recibí un collar... collar, que regado con muchas lágrimas de dolor y vergüenza despues, lo sepulté en un hoyo de un cementerio.

CONDE.

En aquel hoyo, ¿quién yacia?

CARLOTA.

Primero, el jóven del collar, muerto en desafio á los veintitres

años..... luégo, una infeliz criatura que sobrevivió muy poco á su padre.

CONDE.

Carlota! ¿Qué me revela usted!

CARLOTA.

Lo que no he revelado á nadie, lo que nadie ha sabido, lo que nadie sabrá, si usted no lo dice.

CONDE.

Carlota, este secreto queda sepultado en mi pecho más seguramente que aquel triste collar entre tierra.

CARLOTA.

Ya ve usted, señor Conde, que yo no puedo ser esposa de usted.—Hace un mes que se lo estoy diciendo á usted cada dia, y he manifestado por fin la razon.

CONDE.

Pero yo la necesito á usted á mi lado, Carlota.

CARLOTA.

Continuando yo á su lado de usted, ambos perdemos; yo la reputacion que he podido salvar, y usted el cariño de su hijo y Elena.

CONDE.

Mi hijo no me quiere, y á mi nuera no la debo yo querer, para que no se escandalice París.

CARLOTA.

París se escandaliza de todo, hasta de que el señor Conde de la Rivoniér tenga ama de gobierno en su casa.

CONDE.

Pues bueno: para evitar escándalos, no hay cosa mejor que lo que tenía pensado. Nos casamos, Carlota.

CARLOTA.

Señor Conde, recuerde usted la mujer que ha tenido.

CONDE.

Cuando me casé con ella, la merecia; ya, en vez de tener exigencias, necesito conceder y pedir indulgencia. La historia del collar es un motivo para que se quiera más á un esposo.

CARLOTA.

Qué dirá su hijo de usted? Cómo he de soportar yo su vista?

CONDE.

No nos veremos por ahora. Él viene de Venecia: le relevaremos; iremos nosotros. Esta noche partiremos. Qué dice usted?

CARLOTA.

¡Qué puedo yo decir, señor Conde!

CONDE.

No puede usted decir que sí?

CARLOTA.

Lo que no puedo es decir que no. (Se va al tiempo que Garán sale por la otra puerta.)

ESCENA VII.

GARÁN.—EL CONDE.

CONDE.

Á tiempo ha llegado usted.

GARÁN.

Para qué, señor Conde?

CONDE.

Amigo Garán, yo me voy de París, y necesito dejar aquí una persona de confianza.

GARÁN.

Si usted me cree digno de ella...

CONDE.

Con franqueza: ¿tendrá usted inconveniente en admitir de mí quinientos francos mensuales?

GARÁN.

Ah! Conque me da usted plaza de mayordomo?

CONDE.

Carlota me ha dicho que podria ocupar á usted en cuanto quisiera.

GARÁN.

Ay, señor Conde! Á mí acaban de decirme que usted ya no necesita hacer ese nombramiento.

CONDE.

Por qué?

GARÁN.

Porque donde no hay que administrar, no hace falta administrador.

CONDE.

No hay que administrar?

GARÁN.

No señor. Qué poder ó qué facultades habia usted dado á su hijo?

CONDE.

No me acuerdo, ó por mejor decir... firmé un papel...

GARÁN.

Ya! Firmó usted como en un barbecho?

CONDE.

Justo.

GARÁN.

Pues allí usted, que confesaba hallarse completamente arruinado, contrajo la obligacion de quedarse sin nada, en términos de que hoy no cuenta usted con un solo maravedí suyo.

CONDE.

Eso no puede ser. Quién le ha contado á usted semejante cosa?

GARÁN.

Su agente de usted, que posee copia del documento, y en virtud de éste no puede usted disponer de sus rentas del año próximo, porque consisten en una pension voluntaria que le da á usted su hijo, y que pudiera suprimir si quisiese.

CONDE.

¿Es posible!

GARÁN.

Véase usted con el agente.

CONDE.

Eso voy á hacer.

GARÁN.

Ya no hay necesidad.

CONDE.

Pues ¿qué!..

GARÁN.

Ahí viene el Vizconde.

CONDE.

Déjeme usted á solas con él. (Vase Garán.)

ESCENA VIII.

LUIS.—EL CONDE.

LUIS.

Papá!...

CONDE.

Hola, Luis! Bien venido, hombre! Ya era hora de que te viese Aguardabas á que fuese tu padre á Fontenebló?

LUIS.

Al volver de Italia, ántes de volver, he sabido unas cosas...

CONDE.

Qué cosas son esas?

LUIS.

Que pensabas casarte con...

CONDE.

Con una criada?

LUIS.

Criada, cuya crianza, cuyos antecedentes se ignoran.

CONDE.

Yo los sé ya.

LUIS.

Y, francamente, ¿merece Carlota ser madrastra de Elena?

CONDE.

Y, francamente, ¿no merezco yo que me permitan mis hijos hacer mi gusto?

LUIS.

Como pudieras tenerle mejor...

CONDE.

Como os habeis apartado de mí, como os habeis ído á Italia cuando

yo necesitaba más vuestra compañía, vuestros consejos, vuestro cariño...

LUIS.

Tanto es el que te tiene Carlota?

CONDE.

Debe acercarse mucho al que me teníais, porque suple por él.

LUIS.

Esa no es expresion de padre.

CONDE.

El lenguaje de un padre se ha de resentir del comportamiento de un hijo. Yo te veia desazonado, inquieto y regañon con tu padre y tu esposa; te anuncié, para tentar el vado, que me ausentaba de París, y te me pusiste alegre como una pascua. Viene á casa Carlota; me hace ver que el viaje sería muy costoso; renuncio á un capricho caro por la primera vez de mi vida; y cuando ves que no me marcho, te marchas tú, y apénas me escribes; vuelves á Francia sin avisármelo, y tardas ocho dias en verme. Qué significa esto? Há un instante que lo he comprendido: con un padre calavera, derrochador, ¿á qué has de andar en contemplaciones? Por fortuna, y gracias á esa mujer, en mi vida he gastado ménos.

LUIS.

Te he dicho yo palabra de lo que gastas? Dispon como quieras de tus bienes y de los mios; pero deja que yo me entienda con esa mujer.

CONDE.

Con qué objeto?

LUIS.

Con el de conocerla mejor. Yo no me opongo á que te cases: ni puedo, ni quiero, ni debo; yo, sin embargo, desearia que la sucesora de mi madre fuese digna de tí, como lo sería tal vez alguna en quien yo he pensado. Ocho dias há que voy preguntando á todo el mundo quién es Carlota:—y te lo confieso sin rebozo, nadie me dice que no sea buena; pero entre lo que me dicen de ella, y que no es nada malo, hay algo que me hace temblar. Carlota es muy jóven, y sabe demasiado para su edad: ¿cómo, dónde y por qué circunstancias ha adquirido la experiencia de mundo que tiene?

CONDE.

Supon que la haya a quirido á costa de algun yerro juvenil, expiado despues con una conducta sin tacha. El escarmiento aprovechade es virtud. ¿Adónde iria la de muchas poniéndola á prueba!

LUIS.

Ya que de pruebas hablas, permíteme hacer una con Carlota, la cual en mi concepto no peca de incauta.

CONDE.

Qué prueba?

LUIS.

Decirle sin reparo lo que pienso de ella. «Señorita, usted no se ha de casar con mi padre, porque usted no lleva otra mira que un vil interes...»

CONDE.

Todavía no ha recibido de mí ni un pañuelo.

LUIS.

Porque en recibiendo tu mano, lo tendria todo junto. «Pero usted se equivoca en su cálculo (le diré): de mi padre no puede usted esperar las riquezas y el fausto que sin duda ambiciona. Sepa usted (añadiré, y á esto creo que no resistirá), sepa usted que mi padre no puede por ahora disponer de sus rentas, y que si pisa usted esta casa, es porque yo se lo tolero: ¡esta casa es mia!»

CONDE.

Muy bien dicho, Luis! La prueba ha producido su efecto.

LUIS.

Qué quieres decir?

CONDE.

Que entiendo la indirecta, y haré lo que debo.

LUIS.

Papá!...

CONDE.

Acabo de saber que estoy arruinado; acabo de saber que tú me mantienes; y debo comprender que vienes á imponerme tus condiciones.

LUIS.

Jamás he pensado...

CONDE.

Pero yo no recibo la ley de un hijo, que procede conmigo como un lacayo.

LUIS.

Señor!...

CONDE.

Si vivo en tu casa, dentro de una hora te la dejaré libre; si he vivido, sin saberlo, á tu costa, no te seré gravoso de hoy más, y veré de pagarte. Á cualquiera querré deber, primero que á tí. Que te me quites de delante, que no me veas en tu vida es lo sólo que te quiero deber.

LUIS.

Por Dios!... (Sale José.)

CONDE. (Á Jesé.)

Me busca álguien?

JOSÉ.

Un caballero que pregunta por usía.

CONDE.

Cómo se llama?

JOSÉ.

Dice que no le conoce usía; pero que es para un negocio muy importante.

CONDE.

Que éntre. (Á Luis.) Tenga usted la bondad de dejarme con esa visita.

LUIS.

Pero óigame usted...

CONDE.

Ni una palabra. Vete; pronto!

(Abre la puerta, vase Luis, y vuelve á cerrarla.)

ESCENA IX.

VALMONT.—EL CONDE.

VALMONT.

El señor Conde de la Rivoniér...

CONDE.

Servidor de usted. Á quién tengo el honor de hablar?

VALMONT.

Soy para usted completamente desconocido; pero un asunto en que ambos estamos interesados...

CONDE.

Tome usted asiento.

VALMONT. (Sentándose.)

Mil gracias. Una señora me ha encargado que entregue á usted una carta en su propia mano.

CONDE.

Dónde está?

VALMONT.

Aquí la traigo.

CONDE.

Y esa señora ¿se llama...

VALMONT. (Mostrando la carta.)

Su letra lo dirá.

CONDE. (Mirándola.)

Cierto. Agradezco á usted el favor...

VALMONT.

Madama Valmon, porque no hay necesidad de rodeos ni reticencias, me ha encargado que le lleve la respuesta inmediatamente; y s usted tiene la bondad... Puede usted leerla; yo esperaré aquí.

CONDE.

Es tan importante su contenido?

VALMONT.

Así lo creo.

CONDE.

Es que amenaza algun peligro á esa señora?

VALMONT.

Tal vez.

(Tira el Conde de la campanilla, y sale José.)

CONDE.

Da esta carta al señorito, y dile que si tiene respuesta la dé en el acto.

(Valmont coge la carta de manos del Conde y se dirige hácia la puerta.)

CONDE. (Poniéndose delante de la puerta.)

(Á José.) Sal! (Á Valmont.) Caballero, esta libertad... ¿Qué va usted á hacer?

VALMONT.

Entregar la carta á la persona á quien se dirija, y á quien es indispensable que yo conozca.

CONDE.

Por qué razon?

VALMONT. (Colérico.)

Señor mio, porque esa madama Valmon es mi mujer!

CONDE.

De manera que usted se propone...

VALMONT.

Perdone usted que me haya propasado: hablo con un caballero, y me comprenderá. Permítame usted entrar; que aunque le sea sensible, no debe usted oponerse á esta resolucion.

CONDE.

Usted es quien ha de perdonarme á mí... porque dudo que sea quien acaba de decir.

VALMONT.

Y ¿en qué se funda usted?..

CONDE.

En que si fuera usted Mr. de Valmont, hubiera abierto esa carta.

VALMONT.

La he hallado entre los papeles de mi mujer, que está á la sazon ausente; tiene traza de haberse escrito hace ya tiempo, la veo además cerrada... No creo que un hombre tenga derecho á abrir una

carta que no es para él, aunque sea de mano de su mujer; pero sí lo tiene para entregarla á la persona á quien va dirigida, mayormente cuando va dirigida á un hombre.

CONDE.

Veo que no es exagerada la fama de caballero escrupuloso que goza usted; pero ya que me he mezclado en este asunto, ¿quiere usted decirme lo que se propone hacer?

VALMONT.

Dar este papel al que ha de recibirlo, y así que lo lea, exigirle que me lo entregue.

CONDE.

¿Y si se opone...

VALMONT.

Si se opone, le desafío, y le mato luégo, téngalo usted por seguro.

CONDE.

Cuando se atraviesa el honor de una mujer, es lícito cualquier medio. Así usted ha tratado de fingirse amigo de esa señora; pero como su turbacion de usted me hizo sospechar desde luégo que habia en usted algun interes mayor que el de la amistad, yo tambien fingí que habia otra persona por medio... y ello es que no hay más que yo. La carta es para mí, como dice el sobre: conque tenga usted la bondad de entregármela.

VALMONT. (Dándosela.)

Así lo hago, y espero de usted...

CONDE. (Guardándosela.)

Como sé lo que dice, no necesito leerla... y me la guardo... (Se la echa en un bolsillo.)

VALMONT.

Entónces...

CONDE.

Entónces... ¿qué?

VALMONT.

Caballero, yo puse al lado de mi esposa, para que me la acompañase, á una jóven honrada...

CONDE.

Honradísima, la conozco; y ¿qué?

VALMONT.

La he preguntado acerca de esta carta, cuyo contenido debe saber... y...

CONDE.

Y habrá usted conseguido de ella lo que de mí.

VALMONT.

Y he sido capaz de amenazarla con esta mano. (La alza.) Figúrese usted lo que haré con un hombre.

CONDE.

Á una mujer ha tratado usted así! Á mi protegida! Á Enriqueta!

VALMONT.

Ese interes que usted manifiesta, ¿es por Enriqueta ó por Clara? Por cuál de las dos?

CONDE.

Es por la persona que más quiero en el mundo. Busque usted testigos, y á batirnos mañana.

VALMONT.

Mañana, caballero. Pero dígame usted ántes por quién se expone.

CONDE.

Por quien no ha de ser víctima de un celoso imprudente. (Aparte. Es por mi hijo! Este hombre me le mataria. Aquí está su padre!)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion de una fonda en Fontainebleau.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, que llega. ELENA, que sale á recibirle.

ELENA

Eres tú? Gracias á Dios! Me has tenido con un cuidado!...

LUIS.

Pues ya estoy aquí:—y en seguida nos marchamos, Elena.

ELENA.

Á dónde?

LUIS.

Ahora con tu tia; despues, ya veremos.

ELENA.

Pues ¿cómo! Qué ocurre?

LUIS.

Que padre me ha echado de casa.

ELENA.

¡Á tí? Imposible.

LUIS.

Lo que oyes. Nada tenemos ya que hacer en París, ni en Fonte-

nebló, ni en Francia siquiera. Disponlo todo, y vámonos al momento.

ELENA.

Y ¿sigue viviendo en casa tu padre?

LUIS.

Sí; y le he mandado los títulos que me aseguraban su pertenencia, escribiéndole y rogándole aparte que no deje su habitacion, una vez que nosotros nos ausentamos. Lo de quedarme yo con la propiedad de la única finca que tiene en París, fué un recurso que inventé... Caro me ha costado.

ELENA.

No habrá tiempo para que yo vaya á París, y vuelva?

LUIS.

Y ¿á qué quieres ir á París?

ELENA.

Á ver á tu padre y arreglar esta desavenencia, que quizá proviene de una equivocacion, y quizá tengo yo la culpa.

LUIS.

Tú! cómo?

ELENA.

El pobre señor creerá que yo he exigido que renuncie á esa boda; y ya sabes lo que hemos hablado tantas veces. Tu padre no es de los que pueden reparar el quebranto de su fortuna con un casamiento proporcionado: á una esposa de nuestra clase, pero fea ó de bastante edad, no la querria él; rica, jóven y linda, querria ella casarse con otro: una muchacha pobre, agraciada y agradecida, como Enriqueta, sería lo mejor; porque tratando la boda nosotros, y sabiendo que habias partido con tu padre tus bienes, le iria á la mano en sus prodigalidades. Se nos descompone nuestro plan: tengamos paciencia. Yo quiero intentar el reconciliaros; me marcho ahora mismo. No pretendas oponerte; dame este gusto.

LUIS.

Yo te agradezco ese interes que muestras: y más te digo, sentiria que no lo hubieses manifestado; pero en la resolucion de papá estamos los dos comprendidos porque no puede echarme á mí de su

casa, sin que á tí te alcance la misma pena. Cásese á su gusto, y vivamos nosotros al nuestro. Lo dicho, Elena: prepáralo todo y vámonos. Ha de ser: con que cuanto ántes. (Vase Elena por la izquierda; y al ir á marcharse Luis por el fondo, se encuentra con el Conde.)

ESCENA II.

EL CONDE.—LUIS.

CONDE.

Vas á salir?

LUIS. (Admirado.)

Á qué vienes?

CONDE.

Á traerte esta carta.

LUIS.

De quién?

CONDE.

Mira la letra, y mira esa cruz.

LUIS.

De madama Valmon!

CONDE.

Justamente. Responde en seguida, pues parece que corre prisa.

LUIS.

No la has leido tú?

CONDE.

No me he entretenido en eso.

LUIS.

Veamos. (Abre y recorre la carta.) Parece que es ya de fecha atrasada. (Lee.) «He sido una loca; perdóneme usted. Despues, pero bastante despues, de nuestra desagradable entrevista, he conocido su hombría de bien de usted y mi falta de juicio: sus consejos de usted y los de una virtuosa jóven que tengo á mi lado, me han traido á la razon. He quemado el vestido negro, y sólo pienso ya en hacer feliz á mi esposo.» —Gracias á Dios!

CONDE.

Gracias le sean dadas! porque si ahora Valmon tuviese celos de su mujer, careceria de razon para ello.

LUIS.

De todos modos, te agradezco mucho que hayas venido.

CONDE. (Sacando del bolsillo un paquete de papeles.)

Ah! y toma esto.

LUIS.

Qué es?

CONDE.

Son los papeles que me has enviado.

LUIS.

Si no te quedas con ellos, los voy á rasgar.

CONDE.

Toma esto tambien. (Saca un collar.)

LUIS.

Un collar! La verdad, este collar ¿no lo habias comprado para...

CONOE.

Quería comprarlo para Carlota, que afortunadamente no lo ha admitido.

LUIS.

Quédate con él, y cásate con ella. Olvida lo que dije ayer.

CONDE.

Es tarde para eso: le he dicho á Carlota ya, que no nos casamos.

LUIS.

Por qué?

CONDE.

Porque no debe contraer matrimonio quien no puede mantener sus obligaciones. Ella se ha convencido, y hemos terminado sin voces ni lágrimas.

LUIS.

Por Dios, que te lleves ese collar.

CONDE.

Si te empeñas en que haya de ser para ella, envíaselo tú de mi parte. Garán puede que alguna vez te pida cien ó doscientos francos; si no te perjudica, no dejes de dárselos, pues con ser un tarambana,

no tiene sobre qué caerse muerto; parte de sus defectos quizá me los debe á mí; y luégo, es injusto abandonar á los que nos han acompañado en nuestros extravíos, imitando el ejemplo que les hemos dado. No quisiera que olvidaras estas dos prevenciones.

LUIS.

No parece sino que estás haciendo testamento.

CONDE.

Y así es realmente, pues como voy á emprender un viaje...

LUIS.

Pero ¿á dónde?

CONDE.

No sé; á cualquiera parte. Procuraré no serte gravoso, pues con que me señales una corta renta, con que me escribas de vez en cuando, y me dejes venir á veros de tarde en tarde... (Luis se enjuga las lágrimas con el pañuelo.) Qué es eso? Estás llorando?

LUIS. (Muy conmovido.)

Nos damos un abrazo, papá?

CONDE.

Hijo de mi alma! Pues ¿á qué he venido? (Se abrazan y permanecen así unos momentos.) Y ¡que ayer fuéramos tan necios! ¿Crees que podia yo preferir á mujer ninguna?... sino que el amor propio... Me acordaba de tí y decia: «Á que no me abandona? Á que viene á verme? «La providencia me trajo luégo esta carta... En fin, ya nos hemos reconciliado: adios!

LUIS.

Buen modo de reconciliarnos, y te vas en seguida! No!

CONDE.

Esa es otra cuestion. Para eso tendríamos que entrar en explicaciones...

LUIS.

Entremos enhorabuena.

CONDE.

Bien. Carlota, aunque de buena sangre, no es una mujer correspondiente á mi jerarquía: convenido. ¿Sabes algo en contra de su conducta?

LUIS.

Ya te dije ayer que no. Se me ha figurado que no te quiere; instintivamente se me figura que no serías con ella feliz; puedo equivocarme, porque ignoro sus antecedentes.

CONDE.

La repugnancia que te inspira, ¿no provendrá de que te avergonzarias de tener por madre política á una criada?

LUIS.

Casi en la misma posicion se halla Enriqueta; y si la hubieses elegido para esposa, Elena y yo te hubiéramos dado las gracias.

CONDE.

De veras?

LUIS.

Áun sospecho que esa pobre chica, sin saberlo ella, te ha querido desde que te conoce.

CONDE.

Pobre criatura! ¡Era ya tan afectuosilla cuando comimos juntos en el camino de Monmoransí! «Me das un beso, hermosa?» le dije para distraer á su madre. «Uno? cincuenta,» me respondió... y se tiró á mi cuello con un cariño...—Al diablo se le ocurre hablar de Carlota ni de Enriqueta cuando no soy dueño de un franco.

LUIS.

No tienes la mitad de mi renta?

CONDE.

Dale! Si no la quiero! Si estoy contentísimo con haberlo perdido todo! Mira: todas la majaderías que he hecho en este mundo provenian del dinero, unas veces por tenerlo, y otras por creer que lo tenía; viéndome sin él, seré un hombre cabal, no lo dudes. (Suena un reloj, saca el Conde el suyo para ver la hora.) No pensé que fuese tan tarde: adios!

LUIS.

Pero ¿qué prisa...

CONDE.

Me estará ya esperando el de la carta de madama Valmon...

LUIS.

Escríbele que no tiene respuesta. Y sobre todo: ¿no nos marchamos?

CONDE.

Ya; pero se le hará mala obra... le prometí ir á verle... despacho pronto.

LUIS.

Pues como gustes.

CONDE.

Llama á Elena; me despediré de ella.

LUIS.

Está con Enriqueta: se ha salido de casa de Mr. de Valmon.

CONDE.

Mejor: así me despediré de ambas.

LUIS. (Llamando.)

Elena! Enriqueta!

ESCENA III.

ELENA, ENRIQUETA.—DICHOS.

ELENA. (Saliendo.)

Es papá?

CONDE. (Á Elena dándole la mano.)

Sí, soy yo, que al cabo he venido...

ELENA.

Gracias á Dios, que se le ve á usted!

CONDE.

Soy el padre pródigo, que vuelve arrepentido á la casa tutelar de su hijo.

ELENA.

Para no separarnos más?

CONDE.

Eso depende...

ELENA.

De qué? diga usted.

CONDE.

De las circunstancias... de lo que tú resuelvas...

ELENA.

Si hubiera usted oido lo que hace poco estaba diciendo á Luis...

CONDE.

Presumo lo que sería, y te lo agradezco con toda mi alma. Sé siempre para mi Luis lo que hasta hoy has sido, porque no hay penas, no hay infelicidad que no pueda hacer llevaderas á un hombre una esposa como tú.

ELENA.

Por qué se enternece usted?

CONDE.

¿No he de enternecerme viendo que seguis amándome... á pesar de...—Oiga usted una palabra, Enriqueta.

ENRIQUETA.

Yo tambien quisiera hablar con usted.

CONDE. (Aparte á Enriqueta.)

Es cierto que Mr. de Valmon ha alzado contra usted la mano?

ENRIQUETA.

Tambien es verdad que yo se la he detenido: yo no me dejo atropellar por nadie. Vine con él de Turs á París á unas compras para su esposa; encontró en su casa de París una carta de ella para usted; se empeñó en que yo sabía su contenido, y que habia de revelárselo: yo, aunque me figuraba, por expresiones oidas á la señora, que debia ser una carta bien inocente, no quería entrar en cuestiones con él. Se irritó, me despedí, y luégo lo ha sentido. Ahí cerca estaba, y me ha hablado.

CONDE.

Qué le ha dicho á usted?

ENRIQUETA.

Qué sé yo qué me ha dicho? Á pesar de que es hombre sereno, parece desde ayer un loco. «Confiéseme usted si quiere al Conde, me preguntaba como fuera de sí; confiéseme usted si aquella carta puede tener relacion con usted.» Yo, por librarme de él para siempre, y porque al cabo yo quiero á mi bienhechor, como debo, respondí á las dos preguntas con una: «Sí, señor; déjeme usted en paz.» Con esto se marchó, dándose en la frente con ambos puños.

CONDE.

Respuesta feliz!

ENRIQUETA.

Yo no sé si he respondido bien; pero no he dicho ninguna mentira.

CONDE.

Gracias, hija mia; ¡gracias por tan dulce verdad! (Á LUIS.) Luis, vive ya tranquilo; que yo trato de mirar por tí: ya verás si me porto bien. Adios, hijos: hasta mañana, si Dios quiere. (VASE.)

ESCENA IV.

LUIS, ELENA, ENRIQUETA.

ELENA.

Enriqueta, usted se queda con nosotros desde hoy.

ENRIQUETA.

Me permitirán ustedes ir á recoger mi baul en el parador?

LUIS.

Envíe usted por él con un mozo.

ENRIQUETA.

Hay que hacer un atado de varias cosas que pudieran escabullirse: necesito ir yo misma.

ELENA.

Vaya usted si es preciso, y no tarde.

ENRIQUETA.

(Aparte. Algo hay entre el Conde y Valmon. Quiero estar á la mira.) Hasta luégo, señores. (VASE.)

ESCENA V.

ELENA, LUIS.

ELENA.

Conque os habeis reconciliado?

LUIS.

Así parece.

ELENA.

Ya ves ¡con cuánta facilidad! Y ¿á dónde ha ido tu padre?

LUIS.

Á disponer sus cosas para la marcha.

ELENA.

Y ¿le has anunciado...

LUIS.

No, no hemos hablado más que de su situacion. Cuando vuelva, se lo diremos.

ELENA.

De suerte que estarás ya contento?

LUIS.

Contentísimo. Y para seguir gozando esta felicidad y ser digno de ella, he resuelto ocuparme en algo, trabajar en alguna cosa, no vivir como un ente inútil. Ya ves: todos los dias tienen cierto número de horas que la naturaleza y la sociedad destinan al trabajo... Todo lo que hacemos malo las personas de cierta clase, es precisamente en el tiempo en que los demas están afanados. Á mi padre le ha faltado esto; pues con que no hubiera estado ocioso, sería hoy un hombre como pocos, irreprensible. Su ejemplo me servirá de leccion; los hijos debemos tomar las de nuestros padres, y quiero que los mios, al abrir los ojos, vean que su padre está trabajando. (Sale un criado.)

EL CRIADO.

Señor Vizconde, una jóven, que dice llamarse la señorita Carlota, pide hablar con usía.

ELENA.

Carlota!

LUIS.

Novedad tenemos.

CRIADO.

Quiere hablar con usía solo.

ELENA.

Ya era de suponer. Que éntre. (Vase el criado.) Libra á papá de esa mujer á cualquier costa. (Vase.)

ESCENA VI.

CARLOTA.—LUIS.

CARLOTA.

Señor Vizconde...

LUIS.

Señorita... Qué la trae á usted por Fontenebló?

CARLOTA.

Vengo á consecuencia de una conversacion que de parte de usted tuvo en París con esta su servidora el señor Liñeré.

LUIS.

Cierto.

CARLOTA.

Usted se opone á que su señor padre se case conmigo; el señor Conde ha sabido ayer que nada posee, por lo cual renuncia á contraer matrimonio: soy pues una sirviente que debe recibir órdenes de su amo; y como es usted el verdadero cabeza y dueño de la casa, vengo á preguntarle si debo continuar en ella ó no.

LUIS.

Pues, señorita, por mi gusto, no.

CARLOTA.

Contaba con eso, y he buscado ya mi acomodo. Tenga usted la bondad de recibir estas llaves, y señalar persona que se entere del estado en que dejo la casa. (Pone las llaves sobre un trasto.)

LUIS.

Es excelente, segun se me ha dicho, Carlota.

CARLOTA.

Entónces, nada tengo que hacer aquí: me retiro, con permiso de usted.

LUIS.

No, no, aguarde usted.—Usted no ha recibido nada de mi padre por el tiempo que ha permanecido en su casa.

CARLOTA.

Yo no servía al Conde por el salario; queria algo más. He sido la

tercera mujer á quien él ha galanteado con fin honesto: con la primera se casó él; con la segunda se ha casado usted; y todavía ha de haber alguno que se case con la última.

LUIS.

Y para facilitarlo, recibirá usted de mí una dote más que decente.

CARLOTA.

Pché! Gracias, Como no sabe una lo que á lo mejor puede ocurrir... Pero casi no la necesito.

LUIS.

Por qué?

CARLOTA.

Porque el acomodo que he mencionado ántes es que... que tengo ya quien acepte mi mano, áun sin guante de dote.

LUIS.

Quién?

CARLOTA.

Eduardo, su amiguito de usted. Ese pobre chico, á quien traté ayer sin piedad, por ser consecuente con mi señor el Conde, cediendo á los consejos de sus acreedores y á su generosidad, se ha determinado hoy á casarse conmigo.

LUIS.

No opondrá algun obstáculo su familia?

CARLOTA.

El señor Liñeré se ha encargado de allanar los obstáculos.

LUIS.

Cómo es que Liñeré patrocina esa boda?

CARLOTA.

Porque, obligada yo con este obsequio, no daré publicidad á la suya.

LUIS.

La suya!

CARLOTA.

La suya, sí, con la señora Marquesa de Savarí, tia (si no es madre) de su señora de usted. En el interes de este secreto tambien tiene usted parte, y no corta: con que así, señor Vizconde, espero igualmente el patrocinio de usted.

LUIS.

Y si se queda usted viuda pronto, Carlota?

CARLOTA.

Si enviudo, creo que me quedará viudedad. Un caldero quebrado ayuda para comprar otro nuevo. Beso á usted la mano, Vizconde.

LUIS.

Para abreviar. Cincuenta mil francos.... y este collar por añadidura. (Le da ambas cosas.)

CARLOTA.

Para concluir. Admitido.... y en paz. Asegure usted mi silencio á la señora Marquesa. (Sale José.) Ah José! Tome usted por las propinas que le he quitado.

JOSÉ.

Guárdeselo usted: de usted no quiero nada.

CARLOTA.

Eso se pierde usted, y yo me lo ahorro. Adios, Señor Vizconde.

LUIS.

Adios, Carlota.

CARLOTA.

Si quiere usted que le duren la salud y los amos, ¡ni perdices ni vino, señorito José! (Vase.)

ESCENA VII.

LUIS, JOSÉ.

LUIS.

Con que, vamos, ¿qué traes?

JOSÉ.

No está aquí el señor Conde?

LUIS.

No.

JOSÉ.

Me habia dicho que le llevase una contestacion; no estaba en París, y creí encontrarle en compañía de V. S.

LUIS.

De aquí ha salido hará cosa de un cuarto de hora.

JOSÉ.

Y ¿no tenía novedad?

LUIS.

Por qué preguntas eso?

JOSÉ. (Aturdido.)

Porque... como desde anoche no le veia, y... la verdad, estaba con cuidado... pero ya que V. S. me asegura... Y ¿no ha dicho á dónde iba?

LUIS.

Á dar respuesta á una carta...

JOSÉ.

De madama Valmon?

LUIS.

Justamente. Tú ¿cómo sabes...

JOSÉ.

Si vengo de Turs, adonde me envió ayer el señor Conde, y he venido con madama Valmon.

LUIS.

Y queda en París?

JOSÉ.

No señor, está aquí en Fontenebló, en la fonda inmediata.

LUIS.

Pero entónces ¿qué significa...

JOSÉ.

Que el señor Conde le ha engañado á V. S.; pero en su semblante dejaria ver...

LUIS.

No advertí cosa alguna.

JOSÉ.

Ya: es valiente, es disimulado....

LUIS.

Valiente! ¿Qué tiene que ver...

JOSÉ.

En fin, señorito, V. S. debe saberlo todo.

LUIS.

Pues ¿qué hay?

JOSÉ.

Que el señor Conde se está batiendo en este momento.

LUIS.

Batiéndose mi padre!

JOSÉ.

Batiéndose.

LUIS.

Y ¿dónde?

JOSÉ.

En Fontenebló, aquí cerca. Se habrá hecho la cuenta de que si por desgracia...

LUIS.

Pero ¿con quién?

JOSÉ.

Con Mr. de Valmon.

LUIS.

Cielos! Entónces, por mi causa...

JOSÉ.

Sí, señor: yo lo he sabido todo.

LUIS.

Desgraciado!

ESCENA VIII.

ELENA.—DICHOS.

ELENA. (Al entrar.)

Quién? De quién hablas?

LUIS.

De mi padre.

ELENA.

Pues ¿qué le ha sucedido?

LUIS.

Que despues de la reyerta de ayer, ha ido á batirse.

ELENA.

A batirse!

LUIS.

Sí, y con un hombre mucho más diestro que él: y todo por causa mia.

ELENA.

¿Por tu causa! Dios nos favorezca!

LUIS.

Tal vez ya por mí ha perdido la vida!

ELENA.

Vamos á buscarle, vamos.

JOSÉ.

Vamos corriendo.

ESCENA IX.

EL CONDE, dando el brazo á ENRIQUETA.—DICHOS.

LUIS.

Ah, padre!

ELENA y JOSÉ.

Ah, señor!

CONDE.

Qué teneis? qué os ha dado?

LUIS.

Cómo vienes?

ELENA.

Viene usted herido?

CONDE.

Herido, no; curado, creo que sí.

LUIS.

Tú has salido desafiado.

CONDE.

Vuelvo conducido por la victoria: no os asusteis.

ENRIQUETA.

Estos señores saben sin duda...

JOSÉ.

Se lo he dicho yo. (Vase.)

CONDE.

Pues bueno. El señor de Valmon se figuró ayer, por una equivocacion casual y fatal, que yo habia puesto los ojos en su señora, y fué á desafiarme con mucha entereza. Despues, en virtud de otra equivocacion, ménos casual que la primera, hubo de creer que el objeto de mis atenciones era Enriqueta: se aturdió con esto mi hombre, y creyó que habia cometido una atrocidad. Realmente, lo que es atrocidad, habia hecho él una grandísima: en un rapto de celos, por poco no maltrata á Enriqueta. No ha dado explicaciones hoy, porque el orgullo se lo impedia; pero le temblaba el pulso, disparó mal, disparé bien, cayó en tierra... y héte que aparecen en un carruaje la señora de Valmon y Enriqueta, que se precipitan entre nosotros.

LUIS Y ELENA.

¿Enriqueta!

ENRIQUETA.

Sí, yo recelaba algo... tropecé con madama Valmon... supimos hácia dónde se dirigian estos señores...

CONDE.

Valmon, confundido con las demostraciones de su mujer, me alarga la mano, y mirando á Enriqueta me dice: «Se han engañado sin duda los que me aseguraban que iba usted á casarse con una jóven que se llama Carlota.» Eduardo, que era uno de mis testigos, á falta de otro, me sorprende diciendo. «La jóven que se llama Carlota, se casa conmigo.» Liñeré, que tambien me acompañaba, repite lo propio. ¿Qué habia de hacer yo, viéndome con esta niña entre aquellos hombres? Cogerla del brazo y proferir con la mayor gravedad: «La jóven que se casa conmigo se llama Enriqueta.»

LUIS.

Ah! bien dicho!

ELENA.

Bien hecho, papá!

CONDE.

Ya veis que era y será preciso, para que tenga paz con su mujer ese buen hombre, que al fin ha recibido un balazo.

LUIS.

Así nos harás á todos felices.

ELENA.

Y la herida de ese señor, ¿es cosa de...

CONDE.

De un mes de encierro y otro de mimo de la señora. (Sale José.)

JOSÉ.

La silla de posta del señor Vizconde ya está esperando.

CONDE.

Silla de posta para nosotros! Fuera, fuera. Dejémonos ya de prodigalidades.

LUIS.

Es que Elena lo necesita.

CONDE.

Ah! ¿con que...

LUIS.

Á Dios gracias, papá!

CONDE.

Mil parabienes, hijos! (Á LUIS.) Tú, oye una palabra, y no digas que no se te avisa con tiempo. Quiérele como yo te quiero; pero, si es hombre, guárdate de enseñarle como yo te he enseñado.

FIN.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Moro, Puerta del Sol.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.